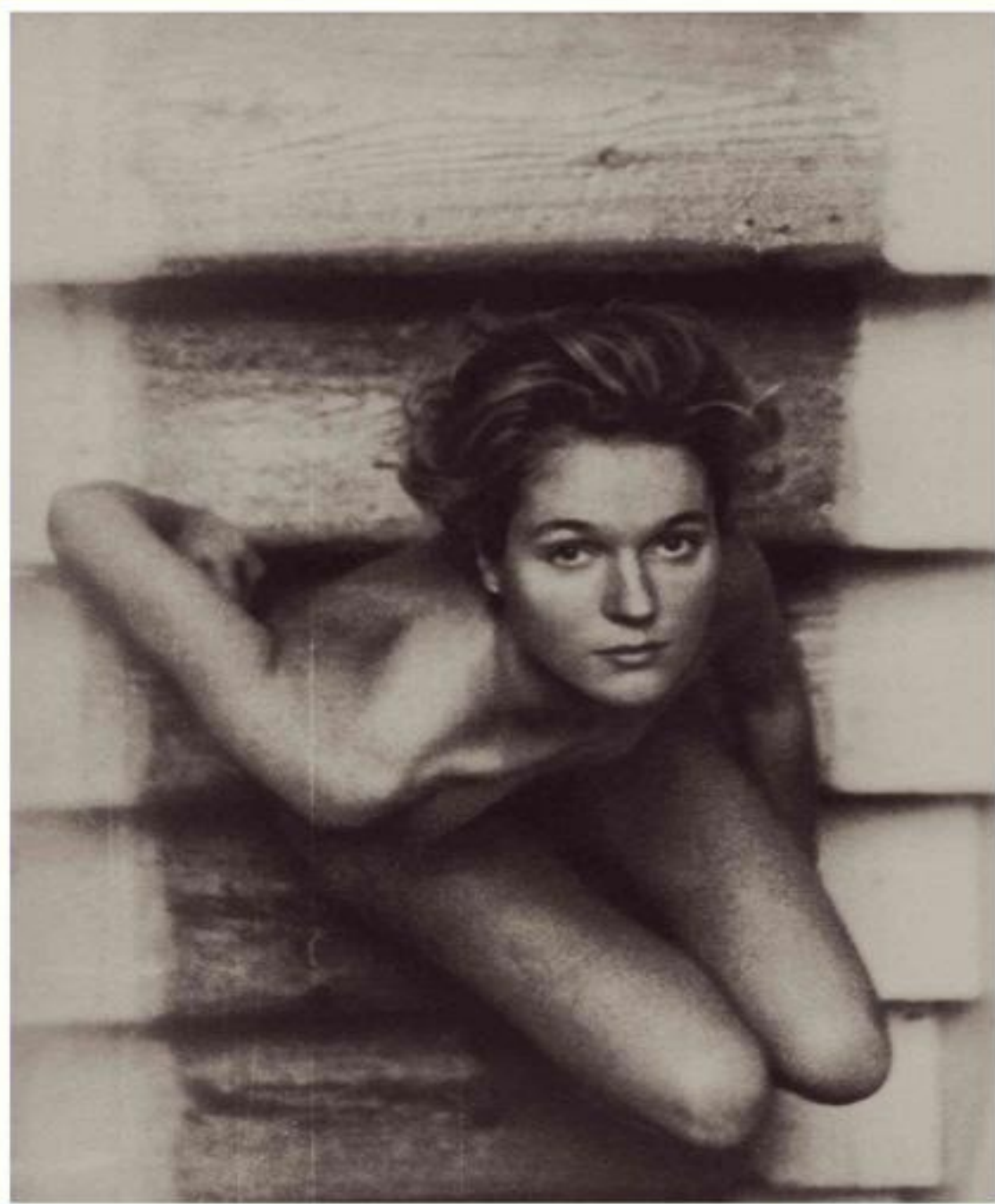


DELPHINE DE VIGAN

Días sin hambre



Lectulandia

Días sin hambre es la primera novela de Delphine De Vigan, publicada en 2001 bajo seudónimo. En esta corta pero perturbadora historia, De Vigan recorre junto a Laure, una chica de diecinueve años, el camino de retorno de la anorexia. La habilidad literaria de la autora le permite contar las sensaciones de la protagonista desde un lugar muy profundo sin usar la primera persona y sin caer en golpes bajos.

Laure cae en la cuenta de que su ser y su cuerpo han perdido conexión cuando el frío la domina. Ese frío que precede a la muerte, que le dice que su cuerpo ya no está. Entonces accede a internarse acompañada por un médico que entiende todas y cada una de sus sensaciones.

Internada en un hospital, Laure deberá recorrer el laberinto de vuelta de una enfermedad con un alto nivel de estigmatización social, tendrá que trabajar duro para poner en funcionamiento un cuerpo que literalmente se «olvidó» de funcionar en base al alimento pero, principalmente, tendrá que reconstruir su voluntad para vivir, que es lo más dañado de su ser.

En el mundo hospitalario, que pronto se convertirá en su mundo, conocerá personajes entrañables, establecerá lazos con otros pacientes y asistirá a los logros y a los ruidosos fracasos de sus compañeros. Mientras se reconstruye, Laure piensa en su vida, en sus relaciones familiares y en las circunstancias que la llevaron a ese estado entre la vida y la muerte. Entenderá que lejos de ser libre del alimento como creía, entró sin darse cuenta en una horrorosa jaula de oscuridad. Y se formulará preguntas que sólo podrá responderse animándose a dar los pasos para salir de esa jaula.

El relato es llevadero, duro e impactante pero a la vez luminoso, porque enseña cuántas veces es capaz de recuperarse un ser humano aun cuando el daño parece irreversible, tanto física como psíquicamente. Y por sobre todo, que el camino de retorno nunca es lineal.

Lectulandia

Delphine De Vigan

Días sin hambre

ePub r1.0
XcUiDi 18.11.14

Título original: *Jours sans faim*
Delphine De Vigan, 2001
Traducción: Javier Albiñana Serain

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Era algo externo a ella que no sabía nombrar. Una silenciosa energía que la cegaba y gobernaba sus días. Una forma de colocón también, de destrucción.

Todo sucedió paulatinamente. Hasta llegar a eso. Sin que acabara de darse cuenta. Sin que pudiera enfrentarse a ello. Recuerda la mirada de la gente, el miedo que se reflejaba en sus ojos. Recuerda esa sensación de poder, que alejaba cada vez más los límites del ayuno y del sufrimiento. Las rodillas que entrechocan, los días enteros sin sentarse. El cuerpo, que vuela desvalido por encima de las aceras. Más adelante, las caídas en la calle, en el metro, y el insomnio que acompaña al hambre, ya imposible de reconocer.

Hasta que el frío invadió su cuerpo, inimaginable. Un frío que le anunciaba que había llegado al final y que tenía que elegir entre vivir o morir.

I

Aceptó la cita debido al frío. La primera vez, cuando él la llamó. Una voz desconocida, nasal, le ofrecía ayuda, una noche de otoño, una noche como otra cualquiera: pegada al radiador. Debido al frío pero no sólo por eso. Al principio se negó. Quién te manda meterte en esto. Él le hizo preguntas sobre su estado físico, no le preguntó cuánto pesaba, ni cuánto comía. No. Más bien preguntas de entendido, incluso de experto, preguntas concretas, directas, para calibrar el grado de urgencia. Mientras ella se prestaba al juego, él iba ganando tiempo. Ese tiempo que ella ya no podía perder, ese tiempo tenue, tenso contra la muerte como un último respiro, frágil.

Le dijo eso antes de todo lo demás, que no quedaba ya mucho tiempo. Ella advirtió que también sabía algo de la soledad, de lo que significa sentirse encerrado. Mientras hablaba y hacía preguntas, ella retorció con los dedos el cable del teléfono. Minutos antes se había puesto un tercer jersey, se había hecho un ovillo — suponiendo que se pueda hablar de hacerse un ovillo con esos huesos puntiagudos—, contestaba sin meditar, como si recitara una fábula que se supiera desde hacía tiempo, sin pararse a pensar. Simplemente quería ser educada.

Él dijo que era demasiado tarde, sola no podrá salir adelante, yo puedo ayudarla, venga a verme a mi consulta el miércoles, la esperaré. Ella buscó con los ojos los cigarrillos. No se vio con fuerzas para despegar la espalda del radiador para coger el paquete que tenía delante.

Por primera vez alguien gritaba para que se volviera, alguien la llamaba, sabía ponerle un nombre a aquel sufrimiento, el sufrimiento de su cuerpo. Por primera vez alguien acudía a buscarla allí donde los demás no podían, no se veían ya capaces.

Él le pedía, le ordenaba que acudiera. Sabía que todo dependía de ese primer contacto. Ella se imaginaba la aprensión que había sentido, quizá, al marcar el número. Oía, a través de las inflexiones de su voz, el miedo a fracasar y también esa voluntad brutal que tenía de convencerla.

Colgó el teléfono. Permaneció largo rato postrada. Pero quién me mandará meterme en esto.

El miércoles cogió el metro hasta el hospital. Apenas podía caminar. Entró en el consultorio, se sentó frente a él. No se le ocurría nada que decir, estaba vacía, totalmente vacía. Él le hizo unas preguntas, por cumplir, y luego casi le suplicó, tengo una habitación para usted, tal como está no puede marcharse. Ella se negó. Él buscaba las palabras adecuadas para retenerla. Tenía las manos posadas en el escritorio, aquellas manos menudas que un día deslizaría por su piel transparente.

Era demasiado pronto, a pesar de ese tiempo que ella ya no tenía. Él no cesó de

repetir que no se podía recoger a la gente en la calle, no se les podía obligar. Ella cerró la puerta al salir, titubeante, volvió a tomar el metro sin poder derramar una lágrima.

Volvió el siguiente miércoles, y también el siguiente. Atravesó todo París para verlo. En el hospital, siguió hasta la consulta la línea verde que se escondía bajo sus pies. A lo largo de los pasillos, no podía ya oír el roce de su paso vacilante. Aguardaba en la primera planta ante su consultorio retorciéndose los dedos. Ignoraba por qué razón estaba allí en realidad, como no fuera la vaga intuición de que algún día podría dejar en aquel lugar su cuerpo vacío.

Una mañana notó que el frío había llegado hasta la extremidad de sus miembros, a las uñas, al pelo. Marcó el número del hospital y pidió que le pusieran con él.

La muerte latía en su vientre, podía tocarla.

De eso hace mucho tiempo. Él le salvó la vida. Al escribirlas, estas palabras parecen ampulosas, pero fue así. Aún ahora, pese a los años transcurridos y al placer de vivir que recobró, lo dice cuando se refiere a ello: él me salvó la vida.

II

Se ha cerrado la puerta, en el silencio de la tarde. Ella se ha echado. Por vez primera desde hace semanas brotan lágrimas de su cuerpo de piedra, de ese cuerpo extenuado que acaba de capitular. La hace llorar ese vago alivio que la deja por entero en manos de ellos. Las lágrimas le abrasan los párpados. Un saco de huesos en una cama de hospital, eso es lo que es. Ni más ni menos. Sus ojos se han agrandado y lucen círculos oscuros, bajo los pómulos afilados se hundén las mejillas, como aspiradas desde dentro. Una pelusilla oscura cubre la piel en torno a los labios. La sangre late muy lentamente en las venas abultadas.

Está tiritando. Pese a los leotardos de lana y al cuello alto. El frío es interior, un frío que le impide permanecer inmóvil. Un abrazo que se asemeja al de la muerte, lo sabe, la muerte dentro de ella como un bloque de hielo.

El fluorescente ronronea, pero no oye más que su propia respiración. Le resuena la cabeza con ese sople regular, amplificado, obsesivo. Porque se ha quedado casi sorda, comida por dentro de tanto no comer.

Se ha levantado para cerrar la persiana naranja y la desliza a lo largo de la ventana. La luz amarilla se pega a las pálidas paredes. Hace un inventario del entorno: una cama, una mesa grande, un fluorescente, una silla, una mesita de ruedas cuya altura puede regularse, dos armarios empotrados, una lámpara de techo, una toma de oxígeno, un timbre. Detrás de una puerta estrecha se hallan el servicio y el lavabo. La ducha está en el pasillo.

Fuera anochece y traen ya la primera bandeja con la comida. Bajo la tapadera de aluminio, una hamburguesa demasiado hecha se codea con unas judías ya no muy verdes, haga usted un esfuerzo aunque le cueste. Mastica concienzudamente. Podría masticar durante horas, si fuera lo único que tuviera que hacer, llenar la boca de saliva, agitar a uno y otro lado los alimentos, triturar sin parar esa papilla cuyo sabor se difumina poco a poco. El problema es tragar. Ya tiene un bolo en el estómago que le duele. El tiempo permanece inmóvil. Tendrá que volver a aprender a comer, a vivir también. Vuelve la auxiliar, alza la tapadera colocada sobre el plato, para ser el primer día está bien, ¿podrá echarse usted un sueñecito?

La invade el sueño por una vez. Entre las sábanas tersas y lisas, basta con cerrar los ojos.

Ha querido ordenar unas prendas en el armario, pero le cuesta estar de pie. Ya no la aguantan las piernas. No como antes, cuando devoraba kilómetros con la tripa vacía y subía las escaleras como otros se pinchan las venas. Ha vaciado el cuerpo de toda vida, ha apurado los límites, hasta quedarse sin fuerzas. Se ve obligada a

sentarse. Contempla el cinturón de ronda desde la planta doce. Han venido a sacarle sangre. La poca que le queda. Un líquido de color anaranjado que cuesta extraer. Se le puede rodear el brazo con el pulgar y el índice. También habrá que renunciar a eso. La delgadez como un grito. La enfermera comprime con más fuerza las venas, sin impacientarse. Dice ¿cómo se puede llegar a esto? No es un reproche, tan sólo una pregunta que se formula en voz alta. Le vibra la voz entre compasiva y vacilante. Bajo la bata, se adivinan verdaderos pechos que se alzan al ritmo de la respiración. Presiona las venas con el pulgar, suspira, concentrada en su trabajo. Llena los tubos uno por uno. Al llegar al cuarto renuncia. En principio, será suficiente. Si no, volverá a intentarlo después. En la habitación número 1 de la unidad Oeste el silencio produce vértigo. Mañana vendrá alguien a conectar la televisión. Mañana le traerán libros, revistas, cosas para hacer punto. Le montarán una nueva vida, una vida inmóvil para echar grasa.

Treinta y cinco grados de temperatura, ocho de tensión, amenorrea, alteraciones del sistema piloso, escaras, bajada de pulsaciones y de la tensión arterial, nos hallamos ante todos los síntomas de la desnutrición.

Él está al pie de la cama y se le nota ufano. Observen ustedes, señoras y señores. Anoche vino a parar a la planta doce de este hospital, que no tardará en hacerse famoso, un esqueleto de treinta y seis kilos y un metro setenta y cinco. Hasta el momento el mejor informe de relación peso/talla. Frente a él, en apretada fila y enfundados en inmaculadas batas, se empujan todos con el codo y miran con ojos de incredulidad la ficha prendida al pie de la cama. Se extrañan que la paciente no haya entrado aún en coma. Luego le pondrán la sonda enteral. La palabra restalla en el oído y se prolonga como una sirena de ambulancia. Han cerrado la puerta tras ellos, pero él concluye su comentario en el pasillo. Ella no oye lo que dice, sólo percibe esa nota nasal tan característica de su voz.

De pie, pierde el equilibrio. Sentada, le duele el trasero. Echada también. Se le clavan los huesos en la piel, una piel que es como papel maché, seca y gris, pegada al esqueleto. Es cierto, ¿cómo se puede llegar a eso? Cubierta por dos capas como una cebolla, espera.

El tubo va envasado en una bolsa estéril. Él dice no tenga usted miedo sólo es un poco desagradable, se introduce por la nariz, cuando llega a la garganta hay que tragar, después le haremos una radiografía para comprobar que la sonda está bien colocada en el estómago. Sólo tiene que tragar. Tragar. De vuelta en su habitación, se mira en el espejo. De la serpiente no queda más que un segmento de plástico transparente que sale de la fosa nasal derecha. Sujeto a la mejilla con un esparadrapo, pasa detrás de la oreja y cuelga ridículamente a la altura del hombro.

Conectará usted misma la contera en la máquina, toda la noche y como mínimo

cuatro horas durante el día. La nutribomba parece una gran cafetera eléctrica. Han venido a instalarla sobre la mesa, junto a su cama. Si le hace daño en el vientre, puede reducirse la velocidad. Las enfermeras vendrán a verter los frascos en el contenedor varias veces al día y a purgar los aparatos. Un frasco, luego dos, luego tres..., hasta cinco al día, en función del peso ganado. El líquido desciende hasta la salida del estómago. Hasta el fondo, no se le vaya a ocurrir tomar el camino contrario. Cientos de calorías, predigeridas, preasimiladas, calorías de verdad, solapadas, contra las que no se puede luchar. Él dice que no hay otra solución. Porque ella ha apurado los límites y el cuerpo ya no puede componérselas solo. Dice que pasadas unas horas se olvida uno del tubo en la nariz y del ruido de la máquina. Dice que también tiene que volver a aprender a comer y que vendrá una dietista a hacer un chequeo y recetarle alimentación suplementaria.

De momento se retuerce como una lombriz en la cama. El tubo se rebulle a lo largo del estómago. Nota cada gota que desprende la máquina, nota que se hincha a ojos vistas. Escucha tan obsesivamente su vientre que deja de respirar. Unos cientos de mililitros de angustia invaden su cuerpo ronroneando. Se sofoca, solloza, muerta de miedo. Han venido dos enfermeras para intentar calmarla. Dice es imposible, no lo conseguiré, quiero irme, me da igual palmarla.

Él se aproxima, se acerca mucho, con precaución. Como si empujara con el dedo a un animal herido. Para ver lo que todavía puede hacerse. Ella sabe que no piensa ceder. Está ojeroso y se nota que tiene ganas de irse a su casa. Se le ve cómodo, enfundado en su bata, con esa arrogancia de la gente sana. Ha puesto la mano al lado de la suya en la cama, intenta hacerle entender que tiene que salir de ese agujero, que no tiene ya otra opción. La envuelve con palabras, sofoca esa angustia que la embarga, le planta cara, amparado en la confianza que deposita en ella, en esa vida futura que sólo él entrevé. Falto de argumentos cuando todos los demás no han sabido atajar su llanto, enfatiza su discurso con un «joder» tajante, un taco que resume todo lo demás, todo cuanto ha dicho, incluso la urgencia y la evidencia de su propósito. El miedo se disipa. Ya no está sola en su lucha consigo misma. Ha anochecido. Espera el improbable sueño.

Esa noche piensa en Louise. Su hermana inmensa, inmensamente hermana, por siempre jamás. Louise sola con ellos, contra ellos. Louise sola y lúcida. Esa noche piensa en Louise y le gustaría no haber llegado nunca a eso, no haber flaqueado nunca, sentir su manita en la suya, como antes, en el andén de la Gare du Nord, las dos, fundidas para siempre.

Anoréxica. Empieza como anorak, pero acaba en hic^[1]. Al parecer muere de ello un diez por ciento. Por descuido, tal vez. Sin darse cuenta. De soledad, seguramente. A ratos lo piensa. No podía seguir así, sobre todo por el frío, y también por el cansancio. Está agotada. Ahora sabe que no se puede vivir con ese peso.

Ha transigido por unos kilos, para conjurar el peligro, para poder aguantar, sobre todo para sobrevivir. Pero no ha renunciado. No quiere perder el control. La vida de antes no es más que un recuerdo anestesiado y la de después se susurra como una promesa imposible. No quiere curarse porque sólo sabe existir a través de esa enfermedad que la ha elegido, esa enfermedad de la que hablan en los periódicos y en las conferencias, una búsqueda ciega y oscura que comparte con otras, anónimas y titubeantes cómplices de un crimen silencioso contra sí mismas. Habrá de pasar tiempo para que comprenda por qué ha llegado a eso. De momento se ha replegado en ese agujero negro que tiene en el estómago y que la aspira desde dentro. El cuerpo se ha impuesto, el cuerpo mermado, reducido como una piel de zapa, negado hasta en su existencia, ocupa ahora el centro del escenario —no se le ha pasado por alto la paradoja—, sin aliento, se subleva contra todo ese maltrato que se le inflige desde hace semanas, se resiste. Y ella, concentrada por entero en esa dilatación, no siente ya nada, no piensa ya nada, su alma ha dejado de sufrir.

Más adelante comprenderá que eso era lo que buscaba entre otras cosas, destruir su cuerpo para no percibir nada del exterior, no sentir otra cosa en su carne y en su vientre que el hambre. Necesitará tiempo para recorrer el camino a la inversa, remontarse lo más lejos posible, hasta las primeras desganadas, los primeros alimentos desterrados fulminantemente del frigorífico, sin preaviso, remontarse todavía más lejos, cuando tenga que sacar de Dios sabe dónde esas heridas intactas conservadas en cámara frigorífica, para intentar explicar la construcción o la elección de su síntoma. Tendrá que extraer con precaución esos recuerdos, a menudo revueltos, almacenados como cerdos degollados, colgados de las patas, con la piel manchada de sangre seca, tendrá que luchar para no dar marcha atrás, a causa del olor a podrido que desprenden y que impide pararse mucho tiempo a estudiarlos.

Por el momento sólo le consta una cosa: quería hacerles daño, herirlos en lo más hondo, tal vez destruirlos. A su padre y a su madre. Que no se vayan de rositas. Venenosos ambos. Pero ahora sabe también que eso no cambiará nada, que puede arrojarles a la cara su cuerpo descarnado como un insulto, y todo ese asco que le inspiran los dos, sabe que lo suyo todavía puede durar mucho tiempo, que se dejará la piel sin que ellos se den por enterados. Es un buen punto de partida. Una vez aceptada la inutilidad de ese paso, se siente ya un poco mejor, el sabor amargo se disipa poco a poco en su boca. Entonces el futuro se lee en una balanza: quince kilos impensables, inimaginables, quince kilos que tiene que echarse encima para poder salir de ese hospital de quince plantas donde ha decidido volver a empezar. Los ascensores encogen el ánimo y las escaleras lo levantan.

Ha ido a verla Tad. Ni flores, ni caramelos. Sólo ese olor de fuera que desprende su ropa, esas mejillas sonrosadas que traen los primeros fríos. Ha echado un breve vistazo a la habitación, estás muy bien aquí. Se ha inclinado sobre la nutribomba, con cara de preguntarse cómo funciona eso. Tad es así, siempre pregunta cómo funcionan las cosas. Y si hace daño en la nariz semejante chisme. Dice tienes mejor aspecto, la

verdad. Fuera empieza a hacer frío, sabes. Anuncian una gran huelga de metro la semana que viene. Va a tocar fastidiarse otros tres días. Por lo visto Nadine ha conocido a un tío. Sí, sí, palabra. Y Mona ha acabado dejándose ligar por Patrick, al final habrá acabado tirándosela por puro desgaste. Ya ves, ahora la que está completamente colada es ella. Se van a ir a África juntos. Tad ha llenado la habitación de pequeñas anécdotas jocosas. El tiempo se escurría entre sus manos extendidas. No ha hecho preguntas superfluas. Sólo su sonrisa y su voz. Cuando se pone el abrigo, ya ha anochecido.

Tad la abraza delante de la puerta del ascensor. ¿Me acompañas abajo? La separan doce plantas de tierra firme. Del asfalto. Laure se lo piensa. Al fin y al cabo, nadie dice que esté prohibido. En la planta baja del edificio, la tienda de regalos acaba de apagar las luces. Unos visitantes tratan de orientarse mirando hacia arriba, como si pudieran ver, a través de los pisos, el conjunto de habitaciones que se alzan sobre sus cabezas. Se ve a gente con batín agitando el pañuelo. Al otro lado de las puertas vidrieras, el aire nocturno acaricia el rostro de los que no dan miedo. Basta avanzar, plantar el pie en la alfombra de goma, las puertas se abren solas. Laure aspira profundamente, se llena con el ruido lejano de la calle. La corriente de aire le acaricia la piel y le alborota el cabello. Podría avanzar un poco más, bajar por la rampa de asfalto, seguir cerrando los ojos. Podría caminar en línea recta, atravesar el boulevard Ney, tomar la avenue de Saint-Ouen, caminar hasta quedar embotada, embriagada. Pero ya la invade la angustia. Fuera, pierde contacto con la realidad, fuera es un peligro para sí misma.

Tad le da un beso. Aguanta todo lo que puedas, tienes que reparar la máquina. La ha visto alejarse en la noche. Ha vuelto hacia los ascensores. De repente le ha venido el sabor a la boca, lo había olvidado como todo lo demás, la dulzura del chocolate blanco con coco que solían robar, sólo una tableta que se metían en la bata, al salir del colegio. Al llegar a casa de Tad, colocaban la merienda en la mesa baja del salón, calentaban un poco de leche, cortaban el chocolate en trozos, sacaban los cruasanes de la bolsa, fieles a ese ritual que seguía conectándolas con la infancia azucarada que sentían fundirse en el paladar, y de la que al poco sólo quedarían unas migajas en el fondo de un papel de plata. Cuando los padres de Tad salían por la noche, ellas se enfundaban las combinaciones de nailon y los pantalones de satén de su madre, los zapatos de tacón alto, fumaban cigarrillos imaginarios y se contoneaban en fiestas mundanas que no acababan nunca. Estaban pendientes del ruido de los coches, del ascensor, listas para guardar las cosas a la primera alarma, desnudarse, meterlo todo en el armario, deslizarse bajo el edredón, cerrar los ojos.

Ahora toca valorar el estado del inmueble. Comprobar el alcance de los daños. Él ha venido temprano para explicarle el desarrollo del «cambio de aceite gástrico». Ella no puede por menos de observarle la profunda poesía que subyace en dicha terminología. Él sonríe, pero prosigue. El reconocimiento, indoloro, consiste en suministrar al paciente, o lo que queda de él, una tortilla radiactiva. El objetivo es

comprobar si el estómago, cuyo tamaño no es mayor que el de un bebé de seis meses, funciona normalmente. Sí, aunque los bebés no coman tortilla. Esta última recuerda curiosamente la del comedor, pero el vaso de agua que la acompaña, también teñido de rojo, es mucho más fácil de tragar. Cada media hora le hacen una radiografía. Eso permite calcular el tiempo que necesita el estómago, atrofiado por semanas de ayuno, para asimilar líquidos y sólidos.

Una tarde entera para digerir dos huevos, lleva su tiempo.

Mañana le harán tragar seis pastillas de plástico, asimismo visibles por rayos X, cuyo recorrido intestinal se seguirá mediante una radiografía, un recorrido jalonado de trampas y de amenazas morosas, hasta su evacuación por las heces.

Él observa cómo se ríe. Se reiría más fuerte si no estuviera tan flaca, tan débil también. Ella piensa en todo lo que podría tragarse, una zapatilla, un tenedor, una jabonera, en todos los objetos disparatados, «visibles por rayos X», que podría almacenar en el interior de su cuerpo, para sorprenderlo o asustarlo y que descubriría todas las mañanas, al acercar las radiografías a la luz blanca.

Al subir a la habitación, pasa delante de la sala de descanso. La espera una joven reclinada en un sillón de escay. Se está fumando un cigarrillo. Llama a Laure, se levanta. Sus manos nudosas buscan apoyo. Fatia es anoréxica reincidente. Tiene las mejillas hinchadas por varias semanas de sonda. Bajo su camisón aguanta un vientre redondo como una pelota de fútbol. Espía la llegada de un oído hospitalario, al fondo del pasillo. Cinco frascos al día, gime a quien quiera oírlo. Se queja de que está tan hinchada que es incapaz de tragar nada. Pide que alguien la acompañe a su habitación. Se acomoda en la cama y conecta la sonda. Le hacen ruido las tripas.

Es lo que quería. Que alguien asista a ese bárbaro ritual, que alguien sea testigo de su dolor. Ya puedes irte, dice, ahora me encontraré mejor.

El carro ya está delante de la puerta. Las auxiliares sirven las cenas mientras hablan entre ellas. Apenas son las seis. Ya me diréis —psicológicamente hablando— cómo se puede tener hambre a estas horas. De buena gana arrojaría la bandeja al otro extremo de la habitación y lloraría gustosa con todas las lágrimas de su cuerpo, pero el llanto corta el apetito. Se sienta con las piernas cruzadas y acerca la mesa hasta ella. Inspira profundamente y levanta la tapadera.

III

En un servicio de dietética hay gordos, flacos, desnutridos, gente con la tripa cascada, el intestino baldado, diabéticos. Gente-que-zampa-demasiado, gente-que-vomita, gente-que-ya-no-puede-tragar. En el extremo del pasillo, la sala de descanso acoge a los fumadores y a los desamparados. Allí la gente pega la hebra, se extraña, compara. Todos pendientes de los zuecos de la celadora, que hace la vista gorda cuando charlan demasiado. Charlar cansa. Consume calorías. El tabaco también.

Ha venido su madre. La mira comer. Su cara no expresa nada, ni victoria ni alivio. Se ha sentado en la silla y espera. No habla. La madre lleva años sin hablar. Unas palabras al día, cuidadosamente seleccionadas, sí, no, adiós, hasta mañana. Cuando su madre se marcha, la acompaña hasta el ascensor. Un gesto con la mano cuando se cierran las puertas. Un paseo de tres metros y medio te hace un hueco en el estómago. Al llegar a la habitación, se come el camembert. Luego llena la bolsa con agua caliente para aliviar el dolor. Dentro de una hora conectará la sonda. La operación no requiere los menores conocimientos técnicos o médicos, pero sí una buena dosis de distanciamiento. Basta hundir la contera del tubo que le sale de la nariz en el de la nutribomba y pulsar el botón. Un juego de niños.

Por la noche mira el Maxi-téte en Canal Plus. Hay que adivinar quién se oculta tras esos fragmentos extrañamente ensamblados: un ojo de Michel Drucker, otro de Sheila, la nariz de Denise Fabre, la boca de Rika Zaráf, la barbilla de Pierre Desproges. Respira profundamente a la espera de la cena. Antes de cada comida la misma aprensión, se le hace ya ese nudo en el vientre, tiene que comer, otra vez comer. El desayuno lo anuncian a las ocho, la comida a las doce —doce y media cuando se demora la visita de los médicos—, la merienda siempre después del termómetro. La cena, más molesta aún, la traen a las siete, a las seis los sábados y domingos. Su habitación no queda lejos del ascensor de servicio, de donde surge tres veces al día el inevitable carro con las comidas de toda la planta. La tortuga, como lo llaman, se oye llegar desde lejos. Suena el entrechocar de los platos y el chirrido de las ruedas. Se detiene delante de su habitación. Los efluvios del puré muselina y del pescado empanado se cuelan ya por la puerta abierta. Le sirven a ella la primera. Siempre es la última en acabar. Resulta inconcebible el tiempo que tarda en tragar tres zanahorias ralladas. Vienen a recoger la bandeja. A la vuelta, la tortuga se impacienta. La esperan en el sótano para fregarlo todo. ¿Al menos se ha comido usted el pescado? Quédese la cuchara y ya acabará, la recogeremos mañana, no pasa nada, lo importante es que no se desanime, tómese su tiempo. Encima de la mesita, el gouda y el pastelito, metidos en su envase de plástico, esperan a que les llegue el momento.

En ciertos aspectos, la habitación número 1 presenta auténticas ventajas. En primer lugar, no hay más que una cama. Y, además, está enfrente de la ducha colectiva, un detalle importante cuando se piensa que cada mañana hay que mantenerse a la espera, toalla al hombro y jabón en mano, hasta que queda libre. Respecto a la sala de descanso, la habitación número 1 se halla situada al otro extremo del pasillo, lo cual justifica cierto número de idas y venidas, una suerte, otros tantos garbeos al margen de toda sospecha, no para gastar energía, caloría por aquí, caloría por allá, no, nada de eso, lo justo para encontrarse con algún ser viviente o fumarse un cigarrillo. Pero esa situación conlleva también algún inconveniente. Amén de la proximidad del despacho de la celadora, la hora de las comidas se adelanta fácilmente unos diez o hasta quince minutos, si se compara con las habitaciones situadas en la otra punta de la unidad. Lo que podría suponer una ventaja para algunos —ella se los imagina con frecuencia, impacientes tras la puerta, oreja abierta y aletas nasales palpitantes— constituye para ella una doble tortura. Diez minutos de respiro que se le escamotean en cada comida, diez minutos durante los cuales, si no fuera la primera a quien sirven, podría paladear más el tiempo restante antes de llenarse la barriga con esos envases más o menos elegidos.

Ha aceptado los términos del contrato. No se tira la comida al váter, no se le pasa a los compañeros, no se toman laxantes, no se vomita después de las comidas. Es un contrato basado en la confianza. Le ha dicho a él que no vomita, como no sea por accidente, es un principio. De niña, no podía subir a un coche sin potar. Tenían que parar en el arcén, varias veces, recuerda su cuerpo inclinado hacia delante, esa bola que levanta la lengua instantes antes de que se contraiga el estómago, conserva en la boca y en el interior de los labios la sensación amarga de la saliva y de los alimentos descompuestos. En ocasiones hasta le salía por la nariz. Se acuerda de los Kleenex para limpiarse la cara, del agua que tenía que beber para enjuagarse la boca, del olor persistente en el coche.

Nunca vomitó expresamente. Dejaba de comer. Era más sencillo. Y ya está.

«¿Es usted nueva? Lo sé porque la vi llegar el lunes. La verdad es que, hasta este extremo, no había visto nunca nada igual. Hay otra chica joven como usted, en fin, ya me entiende... Y también una mujer, un poco mayor que usted. ¿Ya la ha visto? ¿Esta noche le han traído calabacines? Tenían un sabor extraño, ¿no le parece? Digo eso pero, mire, con tal de que puedan comerse, no me ando con melindres. Una cosa, ¿era su madre la que vino a verla ayer? Parece joven. ¿Treinta y nueve años? Oiga, pues sí. Le diré que es bastante misteriosa esa enfermedad que tiene usted. Bueno, si es que se puede llamar enfermedad... Yo, si tuviera una hija así, la metería en cintura por la vía rápida, puedo asegurárselo, bueno, el caso es que no tengo hijos, pero vamos... Usted se niega a comer mientras que yo no pido otra cosa que disfrutar de la vida. Claro que no es lo mismo, yo nunca he tenido problemas nerviosos, lo que falla

es el cuerpo. Un problema de hígado. Bueno, y algo más. Yo creo que su madre tiene un aspecto raro también..., poco saludable. ¿Sabe?, yo diría que se droga, tiene algo que llama la atención. También hay otra mujer que viene a verla, también de su familia. Como ve, a mí la intuición no me falla nunca. Claro que ya se ve que no es el mismo problema».

Enfundada en su bata de lana polar azulada, parece un muñeco de celuloide. Se alisa el pelo grasiento partiendo del cogote. Tiene la cara reluciente y los poros dilatados. Prosigue.

«Dicen que le traen platos extra. Ah, ya, pero ¿de qué clase? ¿Dulces? ¿Pan con pasas? Me parece de lo más injusto. Usted intenta destruirse, y yo lo único que pido es vivir... En fin, si sólo fuera eso, que cada cual apechugue con lo suyo, yo me voy a la cama. ¡La mente sana en un cuerpo sano, como dice el refrán! He observado varias veces que tiene la luz encendida hasta tarde. ¿No padecerá también insomnio? Hale, pues la dejo. Hasta mañana».

La azul vuelve a su habitación arrastrando sus chinelas con borlas. Fin del primer asalto. El hospital es un concentrado de humanidad, según dicen. De vuelta en su habitación, coge el cuaderno, por primera vez desde su ingreso. Escribe en la hoja cuadriculada: Gilipollas. Gorda. Chismosa.

Puede hablar por teléfono, leer libros y revistas, mirar la tele. Aquí no es una moneda de intercambio. En el hospital psiquiátrico, a los anoréxicos los encierran entre cuatro paredes blancas sin más compañía que una cama y una silla. Las distracciones se ofrecen como por contrato: por dos kilos un libro, por tres kilos un bloc de papel y un bolígrafo. Las visitas se autorizan en función del aumento de peso.

Ella habría hecho huelga de hambre. Perdido lo poco que le quedaba. No habría aceptado eso, esa nueva violencia, para hacerle doblar la cerviz.

Se acuerda del médico al que vio unos meses atrás, cuando empezó a caerse en la calle. El médico le repitió, con firmeza, tiene que ingresar en el hospital. No necesita morir para renacer. Pero de ese hospital ya conocía el olor. Había ido allí a visitar a su madre, también había ido a buscarla, para llevársela de permiso. Su madre internada. Ni hablar de seguir los pasos de su madre.

No necesita morir para renacer. Escribió esas palabras cuando volvió a casa. Luego esas palabras abrirían un camino.

Con el punto de malla, la labor avanza deprisa. Las agujas mantienen ocupadas las manos y obligan al cuerpo a la inmovilidad. Escucha música en la radio. La que le recuerda que tiene diecinueve años y que le gusta bailar. Que ha sido algo más que un esqueleto sólo útil para ir a exhibirse a la Foire du Troné. Que estaba enamorada de Pierre. Que su piel era suave y le gustaba acariciarla.

Él le dice lo prioritario es conseguir que vuelva a alimentarse como es debido. En

la alteración del estado nutricional, se observan una serie de fenómenos que acentúan la anorexia. Al quedar desnutrido, el cuerpo experimenta cada vez menos la sensación de hambre. En el interior, los músculos ya no realizan su trabajo. El cerebro deja de recibir alimento. Es preciso restablecer sus funciones. Le dice que lo primero que debe hacer es engordar, para ser consciente del grado de delgadez que ha alcanzado. Tiene que comer para darse cuenta de que puede llegar a vencer esa angustia y de que puede vivir de otro modo que con el cuerpo mermado. Dice que hay que luchar consigo mismo para entender algún día que se está luchando por uno mismo. La experiencia demuestra que rebasado determinado peso el peligro de recaída es mínimo. Le habla de igual a igual, como a una cómplice de muy antiguo, expone su estrategia, su plan de batalla, se confabulan en cierto modo, ella no tiene más que dejarse llevar, para plantar cara con él, asfixiar al monstruo que anida en ella y la devora.

A ella le gusta ese remolino que suele llevar él en lo alto de la cabeza, que le confiere el aspecto de acabar de saltar de la cama. Le gustan sus incisivos, mellados oblicuamente, que reflejan tal vez al niño rebelde que aún dormita en él. Le gusta su voz, su distancia, esa suave autoridad que ejerce con moderación. Ella ha dejado su vida en sus manos y respeta las reglas del juego. Mastica concienzudamente lo que le dan. Casi todo. Traga sin clamar la angustia que acompaña cada bocado. Anota en el cuaderno de alimentación lo que come en cada toma. No han previsto la columna de las sumas. Mentalmente, cuenta las calorías que ingiere a lo largo del día. La sonda impone lo imposible, lo inaceptable, calorías por cientos, insidiosas, un licor saturado destilado gota a gota en su lastimado vientre. Pero la sonda no conlleva gesto alguno, sabor alguno, placer alguno. La sonda no crea dependencia. Hace el trabajo sucio, casi en silencio.

Le gustaría decirle lo mucho que le asusta ese hábito que recobra a su pesar: comer. Sin cesar, intenta tranquilizarse, se repite que puede mandarlo todo a paseo, que no ha perdido el control. Al margen de los compromisos susurrados con la boca pequeña y de las capitulaciones de las que todavía no tiene conciencia, busca eso por encima de todo: conservar el control. El riesgo de dependencia lo crea lo que absorbe por la boca. Traga cada bocado diciéndose que podría perfectamente no hacerlo, que conserva por entero su voluntad. Busca la prueba de que mantiene intacto su poder, parará cuando quiera, cuando haya recuperado fuerzas, lo justo para sobrevivir. Saldré a la calle, chuparé acera hasta perder la conciencia. Come para salvar su cuerpo, porque no quiere morir. Conoce ahora de fuentes científicas el umbral que no puede traspasar sin que peligre su vida. Basta llegar hasta ahí y mantenerse en ese peso, en equilibrio entre el plato y la basura. El recuerdo de la ebriedad está aún tan cercano, esa ebriedad del ayuno que a ratos le pasa por la cabeza.

Cuando siente su cuerpo anestesiado que vuelve a latir, cuando se mira en el espejo, todavía no sabe que es ya demasiado tarde.

Que él la tiene en sus manos.

Que a veces la vida puede reanudarse.

En el pasillo se encuentra con Corinne. El mismo tubo le sale de la nariz y se balancea suavemente. La sonrisa es tímida, la bata apenas oculta la delgadez del cuerpo. Se han mirado sin decir nada.

Todos los días o casi, entran a por una muestra de sangre. Cada mañana la enfermera deposita en la mesa los frascos de Renutryl y vierte la mitad en la máquina. Volverá por la tarde para verter el resto. La ración diaria. El contenedor transparente permite ver cómo desciende el nivel poco a poco. La máquina ronronea. Ella hace punto. Escribe un poco. Todavía no consigue leer. Hace tiempo que dejó de leer. Ella, que devoraba libros durante días enteros, mecida por el ruido de la lluvia en el tejado de pizarra.

Por la noche se queda despierta hasta tarde. La noche trae el silencio. Después de la cena, el carro de los medicamentos da la última vuelta. Vuelven a cerrarse las puertas. Se apagan los fluorescentes. Las luces de seguridad se encienden a lo largo del pasillo. Antes de conectar la sonda, dejan salir a fumar un cigarrillo. Desde la planta doce, la vista es hermosa. Las luces de la ciudad brillan en la oscuridad como mil velas clavadas en un pastel de cumpleaños, como otras tantas promesas vacilantes.

Dos veces por semana toca pesarse. Los llaman, golpeando la puerta con los nudillos. En bata, en calzoncillos, en pijama, salen uno por uno, siempre un poco angustiados, lanzan miradas para comprobar que las paredes no tienen oídos glotones. La balanza de la planta está colocada delante mismo de su puerta. Es la hora de la verdad. Entre los dedos de la enfermera, las pesas se deslizan por la escala graduada hasta encontrar el equilibrio. El resultado se anuncia siempre en voz alta.

¡Ciento treinta kilos! Desde la cama, no ha podido evitar alargar el cuello para ver al ejemplar. Unas palmeras blancas se estiran en una bata kimono azul. Cabizbajo, el hombre desciende silenciosamente de la balanza y se pone las chanclas que ha dejado en el linóleo brillante.

IV

«¿Col roja, huevo mimosa o salchichón con ajo? ¿Lengua de buey, bistec con pimienta o jamón? ¿Patatas al vapor, judías verdes o pisto?». Cada mañana vienen a decirle el menú. La auxiliar toma nota en las habitaciones, y perfora con aplicación el cartón rectangular que pasará a la máquina.

Pero el ordenador da muestras de debilidad en ocasiones. O de cansancio. Basta una perforación de más. Esperaban dorada al horno y se encuentran con unas salchichas nadando en su grasa. Decepción. Ira. A punto está de arrojar la toalla, el plato y los cubiertos, de mandar todo a tomar viento, joder. Había pedido pescado y judías verdes y me traen una salchicha con patatas fritas, así, ¿cómo voy a conseguir nada? Los sollozos le estremecen el cuerpo. Estoy harta de llevar este tubo en las narices, harta de esta bazofia, de los zumos de frutas, de las compotas, de las bollerías, quiero volver a casa, no lo conseguiré nunca.

El médico ha entrado en la habitación. Sigue llorando, ella, que no tenía lágrimas. Él se acerca. Tan cerca que le parece notar el calor de su cuerpo. Sabe lo que va a decirle. Que tiene que aferrarse, que la vida está fuera de allí. Pero baja la voz, empieza a contar una historia. Erase una vez una niña que siempre estaba leyendo, subida en los árboles. Un día la llaman para cenar, no quiere bajar más. Cae la noche, pero no tiene miedo. A lo lejos se oye el trueno. A lo lejos los relámpagos desgarran el cielo claro. Es la historia de una niña encaramada a una rama, que no come ya más que libros.

Él va inventando para ella, duda un poco a la hora de elegir las palabras, porque a veces las palabras pesan demasiado.

La niña no se mueve de allí, durante días y días, la llaman, le suplican, acercan escaleras y taburetes, le prometen el oro y el moro, le prometen la luna.

El sigue contando sin mirarla, busca la magia de las historias de una noche, la dulzura perdida de la infancia. Ella espera. Lloro en silencio.

Es la historia de una niña que mastica papel, páginas y páginas. Muy pronto todo su cuerpo se vuelve gris, la lluvia deja estelas de tinta en su piel. Muy pronto encoge, se vuelve pequeña, fina como un pergamino gastado, como el pan de oro quizá. Se llevan las escaleras y los taburetes. La dejan desaparecer subida en su rama. Lloran en silencio, dentro de la casa, ante la chimenea, lloran a la niña que era ella, de carne y de azúcar, lloran a la niña perdida que se derrite sin parar, encaramada a un árbol, no saben cómo tiene fuerzas aún. Una noche estalla una tormenta y colma ese silencio. Las ramas se comban ante el viento enfurecido. Una furia gigantesca, como nunca se había visto. Por la mañana, la niña ya no está allí. Ha dejado escritas unas palabras en el árbol, garrapateadas en un papel. Unas palabras que ya no pueden leerse.

Él se ha interrumpido. Ella busca el sentido de la historia. Lloro cada vez más.

Él dice la vida está fuera de aquí, Laure, la vida, la vida.

Algo se ha movido en lo más hondo de ella. El cuerpo se apacigua.

Se llama Laure, no es más que un trozo de papel mascado, gastado, en el hueco de la mano de él, como una pepita de vida.

Delante de ella, un plato vacío. ¿Por qué ha llegado a ese punto? En el espejo, se miraba sin verse, se felicitaba de las ojeras, de la delgadez como de una victoria. El cuerpo que se vacía y parece poder vaciarse sin fin. No podía imaginar el sufrimiento que la esperaba cuando no quedara otra cosa que roer que su alma. No necesitaba nada, ni dependía de nada, no era más que un concentrado de partículas, siempre en movimiento, un puñado de motas de polvo dando vueltas en un hilillo de luz. Ahora ya todo es distinto. Como si recobrase la vista. Poco a poco, se alza el velo y se da cuenta de lo que ha hecho consigo misma. Ve a ese ser sin sexo y sin edad que la mira, la piel arrugada y los dientes grises.

Desde cuándo los médicos cuentan esas historias...

Laure, la vida, la vida.

Su padre ha pasado a verla para traerle un «surtido para ver la tele» de Bahlsen. Almendras, pasas, avellanas, cacahuets, metidos en un paquetito dorado. Cuando se marcha él, lo escribe, me ha traído cacahuets. Pero en el papel la frase resulta indecente, tan indecente que cuesta creerlo. Y sin embargo es cierto. La escritura no puede hacer nada. Un día él la llamó, semanas antes de que la hospitalizaran, para contarle que ya no era posible, que no podía más. Porque le daba la impresión de estar viendo a los etíopes en la tele, sólo faltaban las moscas. Estaba cansado, hecho polvo, entiendes. Consumido. Es tanto el sufrimiento que te causan los hijos. La anorexia mental revela un problema de relación con la madre, una inversión de papeles, puede leerse en todas las revistas femeninas, entiendes, con la madre. Así que ¿para qué castigarse con ese espectáculo? Pero ha sido superior a sus fuerzas. Se ha acercado a ver a la fiera en su jaula; claro, valía la pena el rodeo. Pero los gemidos de una vieja han doblegado su arrojo. En la planta doce, no sólo hay esqueletos irreductibles y ballenas hambrientas, también hay viejos moribundos. No se sabe muy bien dónde meterlos, sabes. ¿Ya te marchas?

Tras marcharse él, escribe su indignación en unas palabras deprisa y corriendo en el cuaderno. Sí, tenía los ojos desmesuradamente agrandados, con cercos negros, los brazos como cerillas, la piel tan estirada que le impedía sonreír. Sí, es verdad, no oía, y apenas podía hablar. Se tambaleaba, en la calle se caía, ni siquiera podía ya doblar las piernas. Sí, tenía un frío que se moría, y se le caía el pelo a puñados. Sí, era un

despilfarro, un auténtico despilfarro, como suele decirse echar margaritas a los cerdos. Sí, pero ella era su hija.

Laure escribe. Por las mañanas, a menudo. Escribe sobre esa mujer con su bata polar, malintencionada y chismosa, a la que ha apodado «la azul», y los otros, sus compañeros de recuperación. Transcribe conversaciones, anécdotas, hechos sin importancia que observa cuando vaga por los pasillos, o desde su cama, cuando está la puerta abierta.

El marido de Fatia va a verla todas las noches. Trae dátiles, pasteles de almendras, cabello de ángel. Fatia acudió a la habitación de Laure para presentarle a su marido. Este estrecha la mano de Laure. Baja los ojos. A Fatia le gusta mostrarle a alguien como ella, viene a ser como decirle que ella no es la única, que lo suyo le pasa también a gente fina. Conversan un rato sobre el programa de variedades que emitieron en TF1 la víspera, que miraron en la habitación de Laure, y que él también vio, con bailarinas moviendo el culo detrás de los cantantes.

Él dice eso sí que son mujeres, con todo lo que hay que tener. Se troncha.

Las comidas se suceden todas parecidas. Cada una requiere tranquilidad y preparación psicológica. La más pequeña molestia, la menor contrariedad las convierten en un doloroso trance. Así y todo, Laure engulle sin desmayo. El asunto requiere tiempo. Tres cuartos de hora reloj en mano. Hay que triturar los alimentos, metódicamente. Reducirlos a una papilla pero tampoco demasiado. Lo justo para que se deslicen sin arañar la garganta, para evitar la sensación de ahogo. Los programas de entretenimiento distraen. Ella intenta despegar sus pensamientos del plato, eso exige una gran concentración, hay que mirar lo menos posible los trozos desperdigados, lo justo para pescarlos con el tenedor, abstraerse del líquido más o menos graso en el que se sumergen, olvidar de qué son. Ella se come lo que le dan. La sonda se encarga del resto. La conecta por la noche, también por la mañana, cuando escribe. Evita los espejos en la medida de lo posible.

Laure baja cada día a la cafetería, que está en la primera planta. Así, se pasea. El camarero le llena el termo de agua caliente para las infusiones. Después de cuatro semanas de hospitalización, necesitas ver el paisaje.

«¡Cuando te hayas echado veinte kilos, me casaré contigo!».

Desde detrás de la barra aséptica, le hace el número del arriba esos ánimos. Chicas como ella ha debido de ver muchas, con las canillas como de membrillo y el tubo colgado detrás de la oreja. Multiplica los obsequios: tartas, chocolates calientes, cruasanes. Las mujeres son guapas forradas de carne. Pero es que, fíjate, ¿tú te has visto bien?

Parece un clip desarticulado, una percha de lavandería, una antena de televisión después de una tormenta.

Las enfermeras se cuentan los últimos chascarrillos de la noche mientras se toman un cortado. Ella mira la espuma blanca que se les pega a los labios, las mira reír. Las chicas están guapas con su bata inmaculada, desbordantes de salud y certezas. Cuánto le gustaría ser una de ellas, ser otra. Poder apoyar el pecho en la mesa, entre los brazos cruzados. Cuánto le gustaría ser deseable ella también. No es más que un alfiler flotando en su ropa, un ectoplasma, llena de vergüenza y de angustia. Una pobre gilipollas que se ha jodido la vida, merecido lo tienes, transparente, pringada, un hueso viejo y putrefacto carcomido hasta la médula.

La cosa ha sido progresiva. Intenta situar el comienzo de la enfermedad, hace memoria. Dice mi enfermedad, esa palabra extraña y plúmbea, hasta ahora reservada a su madre. Todavía no dice mi anorexia, la palabra le rechina en los oídos. A los diecisiete años, quería borrar las redondeces de la adolescencia, soñaba con tener las mejillas hundidas para darse un airecillo de mujer fatal. Cuando se anunció el verano, como todas las muchachas de su edad, empezó un régimen para poder menear el trasero en bañador en la playa. Durante una semana, Tad y ella comieron pollo a la plancha y verdura. En el piso, corrían a pasitos en torno a la mesa baja. Siempre acababan desternillándose en la moqueta.

Se rajaron al cabo de unos días. Bajaron a comprar un sándwich desbordante de mayonesa, patatas fritas con ketchup y pastelillos de crema de postre.

Cuando se para a pensarlo, se da cuenta de que en realidad todo empezó más tarde, no tenía nada que ver con las revistas. Sobre todo recuerda la sensación de asco. Primero eliminó la carne roja, y después todas las carnes, las aves de corral y el cerdo, y también las proteínas animales, los huevos y el queso. Más adelante eliminó todo tipo de materia grasa. El azúcar también. Se encontraba cada vez mejor, más ligera, más pura también. Se hacía más fuerte que el hambre, más fuerte que la necesidad. Cuanto más adelgazaba, más buscaba esa sensación para dominarla mejor. Sólo a costa de eso lograba sentir una forma de alivio, de desahogo. Pero cada vez tenía que pasar un poco más de hambre para recobrar esa sensación de poder, en una cadena que le constaba que era de toxicómana, eliminar gradualmente, seguir reduciendo el número de calorías ingeridas. Sopesaba su independencia, su no dependencia. Adelgazar era una consecuencia, en el espejo, la prueba tangible de su fuerza, también de su sufrimiento. Miraba la aguja de la balanza aspirada hacia la izquierda, doblándose cada día un poco más bajo el peso de su voluntad. Inspiraba miedo. En la calle se volvían a mirarla. Se levantaban cuando entraba en el metro. Se hacían a un lado para dejarla pasar. No se ahorraban los comentarios. ¿Has visto las piernas de esa chica? ¡Eh! Que Auschwitz ya se acabó, ¿no te habías enterado? Mi vecina tenía un cáncer, y estaba igual. Tan joven, qué pena... En voz alta insultos, en voz baja compasión.

Un sábado fue a ver a su tía, que trabajaba en las Galeries Lafayette. Al llegar a lo alto de la escalera mecánica, se dirigió directamente hacia ella, en la planta de moda

femenina. Llevaban tiempo sin verse. En medio de la sección de impermeables, a Nicole le dio un ataque de pánico. Se derrumbó deshecha en lágrimas, miraba por encima de los percheros, tendía las manos hacia el techo, no me lo creo, no es posible, tienes que ir al hospital, que llamen a una ambulancia. Sollozaba, recurría al testimonio de la gente, en su espanto, llevándose las manos a la cara para no ver. Al llegar a casa, Laure se miró en el espejo del cuarto de baño, no vio nada, ni la muerte en su rostro ni sus hombros puntiagudos como picos helados. Había dejado de verse. Era demasiado tarde. Se había vuelto inaccesible al miedo y a la rebeldía. Se sentía bien. Mucho más ligera. No quería morir, sólo desaparecer. Esfumarse. Disolverse. Con medio pomelo en el estómago, volaba por las aceras, días enteros en la calle, vaciando su cuerpo. Se tomaba unas hojas de lechuga al mediodía, por las noches sopas de sobre sopa-instantánea-nueve-verduras-de-Knorr (49 calorías) o sopa-de-tomate-de-Royco (45 calorías), y a veces se concedía un yogur Danone-cero-porciento (55 calorías). Se daba un baño con el agua ardiendo. Por la noche, unos olores a pollo no la dejaban dormir o la sacaban de un sueño agitado por sueños alimenticios. Su cuerpo clamaba hambre.

Fatia no tiene tele en la habitación, sale muy cara. Por las noches suele ir a verla en la de Laure, que hace punto mientras se troncha con *Dallas*, *Dinastía* o *Belfegor*. Fatia se subleva, comenta profusamente. J. R. Ewing es un auténtico cabrón. Se atiborra de dátiles rellenos y abronca a Laure cuando no levanta la nariz de su labor de punto de malla. ¡Pero mira cómo pimpla Sue Ellen!

Fatia es una rebelde. Opina que el rancho del hospital es una mierda y sólo come los dulces que le trae el marido. Fuma todo el santo día, incluso en su habitación al caer la noche, se toma litros de café y vaga por los pasillos hasta altas horas. Fatia se queja de que le duele el cuerpo, de su vida en general, de la que no cuenta nada en particular, del abandono de Alá. Brilla con mil luces con su chilaba de lentejuelas. Va descalza por el linóleo.

A veces su risa infantil desgarrar el silencio anestesiado y Laure se pregunta una y otra vez cómo no se prosterna el mundo a los pies de su sufrimiento.

El doctor Brunel pasa a ver a Laure casi a diario. Le estrecha la mano al entrar, como un compañero de oficina. En ocasiones se ríe de ella, cuando la ve sentada con las piernas cruzadas en la cama, dispuesta a emprender el vuelo. Finge interesarse en su labor, no le pregunta nunca si come. Celebra su aumento de peso regular y constata que comienza casi a parecer un ser humano.

Ella lo espera. Espía el tono de su voz cuando pasa por el pasillo o se demora en la habitación contigua. Ha capitulado. Concentrada por entero en esa espera, paladea el extraño vínculo que el médico ha sabido tejer, entre ella y él, como la única señal tangible de su ansia de vivir. La intimida un poco. Ella también lo intimida, lo sabe. Ello obedece a ese dolor, esa dulzura, que existe entre ambos. Laure ha depositado su

endeble cuerpo en sus manos, le ha entregado el resto de su conciencia, también ese ápice de confianza que aún podía concederle, envasado en una huevera. No pueden permitirse un error.

Más adelante, él referirá con aplomo su acercamiento a la enfermedad en los programas de televisión. Más adelante, ella sonreirá al pensar en el joven médico que era él, intuitivo quizá por encima de todo. Epidérmico.

En ocasiones ella se explaya con él. Una historia también, como cientos de otras. A retazos deshilvanados. Le cuenta la violencia de su padre. La violencia de las palabras. Noches enteras Louise y ella, en torno a la mesa. Contando las migas mientras él las insulta sin siquiera darse cuenta, cabro ñas putas basura. Despejan la mesa. Los platos pringados por la carne roja que se ven obligadas a comer día y noche. De la buena conciencia disfrazada de asado, de solomillo, de turnedó, él se siente orgulloso, nada que ver con esos kilos de tallarines que comían ellas en casa de su madre. Inclinas ante el lavavajillas, se sienten protegidas. Pero tienen que volver a sentarse. Eso no ha sido más que el comienzo. Laure hace dibujos con el tenedor en el mantel. Louise llora en silencio. Ellos empujan el codo, él y su nueva mujer, son peores que J. R. y Sue Ellen. Parece que él hubiera corrompido a la madrastra, que vitupera, remacha, llora también del inmenso daño que les hacen, las fisgonas, las perseguidas. Y él se pasa la noche escupiendo agravios, historias repetidas cientos de veces, reproches, todo ese odio que vomita, el odio a la madre de ellas, el odio a su propia familia, sus hermanos y hermanas, con los que ha roto, palabras que son basura. Palabras caducadas, corrompidas, imposibles de digerir. Que se atascan en el estómago. Palabras toda la noche hasta el amanecer. Al principio, ellas protestan. Se defienden un poco. Reacciones indignadas de niñas. Esperan escapar de él, eclipsarse antes de que se pase de la raya. Sus argumentos son endebletes ante la omnipotencia de los argumentos paternos. Esta noche no, maldita sea, que tengo deberes de mates para mañana. Pero él está lanzado. La botella de *whisky* delante. Siempre lo mismo. Ellas gritan un poco, sobre todo Laure, por ese asco que le sube a la boca. Pero él grita más. Tiene los ojos enrojecidos y les da miedo. Ambas lloran en silencio y lo dejan hablar. Esperan a que eso pase. Hacen bolas de miga de pan. No se atreven a mirarse. Aguardan el momento en que puedan irse por fin a la cama, la suavidad de las sábanas como una tregua. Mañana habrán de poner buena cara al llegar al colegio. Tendrán los ojos enrojecidos e hinchados del llanto de toda una noche.

Son las seis menos cuarto. El cuerpo está dolorido. La botella de *whisky* está vacía. Él ha ido a vomitar al baño. La otra ha dicho ya veis en qué estado ponéis a vuestro padre. Es la caricatura de una madrastra en cierto modo. Un arquetipo. Ni siquiera la de Blanca-nieves se habría atrevido.

«No engorda usted mucho, la verdad, con todo lo que se supone que ha engullido. Lo he oído decir con frecuencia, las personas como usted están dispuestas a lo que sea. ¿No estará tirando la comida por el váter al menos? Porque, sabe usted, acabarán

dándose cuenta, y, francamente, me extrañaría que se lo tolerasen. ¿Le pasa a alguien su comida extra? No, no, que lo digo por usted, ya sé que no es asunto mío. El caso es que, si se lo come todo, no se entiende que no acabe ganando peso. Quizá debería pasar más tiempo en la cama. Acostarse antes. ¡Bueno, mire, al fin y al cabo es asunto suyo! En cualquier caso, acabarán dándose cuenta. No, por supuesto que no he querido decir eso..., discúlpeme..., escuche..., que en absoluto. Ha visto que mañana hay patatas fritas al mediodía, ¡no sabe cómo me alegro!».

La azul ha cambiado la bata por un pijama de una sola pieza del mismo color y larga los tópicos con creciente verborrea. Fisgonea, espía y sonsaca aquí y allá, busca pasto para alimentar su convalecencia.

Laure se hincha a ojos vistas y ya no puede abrocharse los dos pantalones que se había traído. No opone resistencia. No sabe por qué, ni siquiera si cree en lo que hace. Sabe ya todo el camino que dejó atrás, esas sensaciones olvidadas que va recobrando poco a poco, el cuerpo que se pone en marcha. Le sorprende esa vida autónoma que reemprende el rumbo en su interior, nota que se le contrae el estómago, que se le retuerce el intestino, nota que esos misteriosos órganos vuelven a trabajar, que resulta difícil hacerlo tras semanas de paro técnico. En su interior todo rebulle sin cesar. No opone resistencia, pero tiene miedo, miedo de no poder volver a empezar, de no poder ya dar marcha atrás.

Miedo de volver a empezar, miedo de dar marcha atrás.

Le da miedo salir de eso y no salir.

Por las noches se demora hasta tarde, y, pese a la sonda y a todos esos alimentos que engulle con aplicación, contempla con una mezcla de asco y placer su cara pálida en el espejo.

Fatia salió de permiso de fin de semana. El domingo por la noche volvió un poco borracha al hospital. Se había maquillado, el *khol* se le había corrido bajo los ojos como lágrimas negras. Había traído cuscús para Laure, en un táper. Quería agradecerle lo de la tele y el papel higiénico que Laure le da, más suave que el del hospital. Se había soltado el pelo, estaba guapa. Se reía. Cuando se fue a la cama, Laure tiró el cuscús al retrete. Era superior a sus fuerzas, se veía incapaz de tomar un solo bocado.

El señor ciento treinta kilos se pesa diez veces al día, enfundado en su bata con palmeras. Laure observa sus tejemanejes cuando tiene la puerta abierta. El hombre sube y baja de la balanza, prueba suerte una y otra vez, con o sin cinturón, descalzo o no descalzo. Multiplica los tanteos. Desengañado, vuelve a la habitación. A las dos horas, reaparece. En pantalón corto, lleno de esperanza. Sopesa la incidencia de los distintos accesorios, estudia las correlaciones entre su peso y la hora en que sube a la balanza: antes y después de las tres hojas de lechuga que ha saboreado a la hora de

comer, antes y después del té sin azúcar que se ha tomado, a emocionados sorbitos, para merendar.

Entre las bandejas de comida, el termómetro y los pesajes, los días se estiran, se marchitan también. Laure comprende a cachitos, a bocaditos. Rumia también. Palabras. Cruzan por su mente, las palabras de su padre, como meteoritos. También las palabras de su madre, palabras peregrinas, repetidas indefinidamente. Rumia todo eso amén de lo demás. Intenta escoger, hacer limpieza tirando al mismo tiempo. Hay que soltar lastre, para luego continuar.

Necesitaba que la alimentaran, la llevaran, la arroparan. Necesitaba aquella habitación sobrecalentada, resguardada del mundo, resguardada de sí misma. Necesitaba un poco de grasa para poder estar sentada sin que se le clavaran los huesos en las posaderas. Intenta recordar, de nuevo, intenta rememorar el orden, la cronología. Busca una lógica. Avanza poco a poco. Sin embargo, cuanto más engorda, más miedo le da haber caído en la trampa, no saber ya luchar. Pero ¿luchar contra qué?

V

Hay que dejar correr durante rato el agua. Para que salga caliente de verdad. Laure se hunde bolsas de agua caliente en el vientre para calmar el dolor, sobre todo por las noches. El vientre se hincha y gorgotea. La sensación de notar su cuerpo le impide dormir. El cuerpo padece, se retuerce, rumia. Lo oye lloriquear, quejarse. Ella sueña, se acuerda.

«Por disparatado que le resulte, mi hija no soporta las natillas de vainilla. Por eso le agradecería que no la obliguen a tomarlas, las indigestiones le provocan a Laure fuertes jaquecas. Reciba, señora, un atento saludo».

La maestra la mira de arriba abajo. La mueca es dubitativa, la agenda, firmada por la madre, ha quedado abierta en sus manos. Laure le sostiene la mirada, victoriosa.

Fatia se ha presentado en la habitación de Laure con otra chica, veintiséis años y cuarenta y dos kilos.

También argelina. El club de los esqueletos se ha acomodado ante *Belfegor*, tras pasar el último carro. Laure se ha conectado la sonda y tricota un jersey, mientras las otras dos se apipan de orejones. Laure les ofrece un poco de agua caliente para el Nescafé, en el que Fatia vacía tres bolsitas de azúcar. La chica es rara. Mira a Laure con interés. Sale a buscar clementinas y pan, disculpándose. Fatia dice que viene de otra unidad, que no entiende nada pero que es simpática. Al volver, la chica despeja y limpia la mesa de ruedas, es su modo de dar las gracias. Va y viene por la habitación, si pudiera frotaría el suelo con un Kleenex. Fatia repite con su acento no entiende nada. Entonces Laure intenta explicarle lo que están viendo, el fantasma, la intriga, los momentos sorprendidos. La chica parece un marciano hambriento que hubiera aterrizado un domingo por la mañana en bata en medio del mercadillo de Saint-Ouen. Al acabar la película, se marchan. Laure las acompaña un rato, a modo de paseo digestivo. Deambula un poco por el pasillo. Morfeo ha debido de olvidarla una vez más. Conserva en el fondo de su mesita de noche una tarta de nata, y piensa estampársela en plena jeta, cuando se atreva a dejarse caer por allí, con su careto ingenuo.

Cada mañana, Laure lucha de nuevo contra la tentación del vientre vacío, del vientre muerto. Cada mañana, entre el termómetro que traen a las siete y el desayuno que se demora, saborea ese pequeño vacío que le recuerda la ebriedad del ayuno. Cada mañana, ante el té con leche y las rebanadas de pan, ha de renunciar a ese pequeño abismo que la llama. Renunciar, cada día. Al cuerpo esencial, reducido a su misma esencia, evanescente. Sueña con ello, subir y bajar escaleras, caminar, seguir caminando, en el recodo de una calle, tal vez volar, vivir sin comer, consumirse por dentro, tomar litros de café y de vinagre para quemarlo todo. Anestesiarlo todo. Hay que renunciar, olvidar. Sumergirse en la comida extra de la mañana.

Doble ración de mantequilla, doble confitura, compota, yogur.

La espera tiene un sabor extraño, acidulado.

Espera al doctor Brunel. Le gusta que hablen de él a su alrededor. El médico bromea con las enfermeras, ellas se dan con el codo cuando él vuelve la espalda.

A veces viene, a veces no. A veces se acerca, a veces se aleja. Lo que ha dado no lo quita nunca. Es consciente de que ella lo necesita, pero al mismo tiempo la deja que luche sola. Ella tiene que aprender, tiene que comprender.

«¿Cuántos? ¿Se los come usted todos? Pues cualquiera lo diría. Entre unas cosas y otras las personas como usted les salen caras a los hospitales. Tantos extras, reconocimientos, habitaciones individuales y toda la pesca, para que todo resulte ser un problema puramente psicológico, ¿no le parece? La verdad es que es un poco desconcertante. Yo me veo obligada a ir a la cafetería para comprarme un pastelito, y eso que tengo los días contados. Y encima los menús dejan bastante que desear. He visto que ha hecho usted amistad con esa mujer argelina que tiene puesta también una sonda. En cambio, a esa jovencita que está como usted, la de la número 5, no se la ve nunca. No sale nunca de la habitación. Llego bastante antes que usted, ¿sabe? No es nada sano pasarse así días enteros encerrado. Detrás de todo eso sigue habiendo un problema totalmente psicológico, eso nadie me lo quitará de la cabeza. Supongo que será usted consciente de que en los países donde reina la hambruna no hay gente como usted».

Una mañana, Laure llama suavemente a la puerta. Corinne se levanta a abrirle. Las semanas con la sonda le han rellenado las mejillas. Tiene un extraño parecido con un bebé. Parece sorprendida de encontrarse a Laure plantada allí, decidida a colarse. Se hace a un lado para dejarla pasar. Laure se sienta en la silla, echa una rápida mirada en derredor, como la gente que acude a visitarla a su habitación. Dobla las rodillas a la altura de la barbilla, las rodea con los brazos. Hablan un momento, de la comida extra, del número de frascos que se vierten a diario en la sonda, de diferentes cosas. Corinne lleva mucho tiempo en el hospital, saldrá pronto. No dice que la trajo aquí. Quizá no lo sabe, quizá no lo sepa nunca. Es un instrumento de algo que la sobrepasa, no sabe explicarlo. Entre anoréxicos, lo primero que se hace es preguntar cuánto —cuántos kilos, cuántas calorías, cuánto tiempo—, no se pregunta por qué. Esas cosas vienen después, con la sal de las lágrimas.

Corinne parece contenta de la visita de Laure. Está repasando el examen de selectividad, no le gusta salir de su habitación. También cuida de ella el doctor Brunel. La hospitalizaron antes de que pudiera sentir la muerte en su vientre. Los cuadernos y los libros yacen abiertos sobre su mesita. Parece una niña extraviada en un mal sueño, o en un supermercado.

Laure ha dicho estoy en la habitación número uno, pasa a verme cuando quieras. Es curioso cómo se organiza la vida de hospital, poco más y se creería uno en la rué Gamma^[2]. Cuando pasas ante las habitaciones, echas una ojeada, asomas la cabeza por la puerta entreabierta para saludar, te sientas un rato en la punta de la cama para charlar sobre las judías de la comida, las enfermeras o la celadora. Intercambias papel higiénico, bolsitas de azúcar, tarritos de confitura, invitas o te invitan a tomar un vaso de agua caliente, miráis una película juntas, os fumáis un último cigarrillo después de que se apaguen las luces.

Es la historia de un pulpo, de una oruga, de una aprendiz de bruja, es la historia de un caracol sin concha. Mientras se pasea por la habitación, el doctor Brunel desgrana historias e imágenes estrambóticas. Espera a que todo se calme. La hace hablar también, más allá de lo que ella cree poder contar, más allá de sus defensas. La deja cada noche en medio de las palabras, desperdigadas, palabras que rebotan solas en el linóleo, se esconden bajo la cama, se esfuman.

Laure le confiesa un día que no ha aceptado la hospitalización para curarse, sino para mitigar el sufrimiento, una o dos semanas, lo justo para ganar unos kilos, ni uno de más, lo justo para asegurarse que sobrevivirá.

Él le dice aprecio tu franqueza. Ella contesta, casi inconscientemente, si llego hasta el final habrá sido gracias a usted.

Él sonrío y ella se derrite como un chocolate con nata a pleno sol.

Laure escribe cada vez más. Ya no le duelen las posaderas cuando está sentada. Ya no tiene frío. Escribe sobre la azul y sobre los demás. Poco a poco, les va tomando apego. En la otra punta del pasillo, el mudo se pasa el día jugando al rummy. Siempre le hace grandes aspavientos a Laure cuando ella sale a fumar un cigarrillo, para comunicarle los días que le faltan para marcharse. Tiene veintiséis años. Está flaco también. Laure no sabe por qué está allí. Tiene las manos bonitas. Su compañero de juego, un viejo ruso embutido en un holgado pijama de tergal, se indigna cuando pierde y día tras día reclama a grandes gritos la botella de cuarto de litro de burdeos que le niegan. Laure los observa, los describe. También está volviendo a leer. Escucha los éxitos de FM, en Abisinia, amor en la playa, guau, cha cha cha..., canciones eternamente asociadas a ese hospital, a esos días acolchados en que se despierta suavemente de una larga anestesia.

«Así que oiga, ¿cuánto peso ha ganado? Huy, pues no le falta poco... De todas formas, el peso normal para su estatura deberían ser por lo menos sesenta kilos, ¿no? ¿Él la suelta con cincuenta? Ah. Oiga, vienen a verla muchos amigos. Sí que tiene suerte, tantas visitas. ¿Y al doctor Brunel no le parecen demasiadas? Igual la cansan, ¿no cree? Lleva una camisa bonita. Se viste y se maquilla todos los días, qué gracia, bueno, quiero decir dado su aspecto... Yo, sabe, estoy muy cansada. Pocos días me

quedan ya. Me pongo las batas que me da el hospital, son prácticas porque absorben bien el sudor. ¡Claro que, si me dan permiso el fin de semana, bien tendré que hacer un esfuerzo!».

La azul se ha vuelto verde. Ha cambiado el pijama de una sola pieza por batas posoperatorias. No cabe duda de que da un estilo.

Lo oye. Está hablando por teléfono desde el despacho de la celadora, da órdenes, deja indicaciones para el fin de semana, pasa delante de su habitación abierta sin dirigirle una sola mirada.

Sus amigos ya no tienen miedo. Van a ver a Laure, en grupitos, le traen libros y periódicos. Bombones y *calissons*^[3] no se atreven. Cuentan cosas, al principio en voz baja, pero se sienten ya casi como en casa, se ríen quizá demasiado fuerte. Estrechan sus hombros puntiagudos en sus brazos, se les humedecen los ojos, se abotonan el abrigo antes de irse. Se marchan.

Ella recuerda que, en la playa, el verano antes de ingresar en el hospital, sus primos la llamaban Squelettor. Le hubiera encantado ser Goldorak para partirles la cara. Ahora, a los postres, eso más bien le da risa.

Laure engorda. Va echando grasa, poco a poco. No obstante, resulta aterrador. No se opone, pero el proceso ha de ser lento. Si el cuerpo va más aprisa que la cabeza, la cabeza se niega, se defiende, ordena al cuerpo que pare. Le ordena que se amotine. Durante unos días, el peso se estanca.

Él ha pasado esta noche un poco más tarde que de costumbre. No parece contento. No se explica lo que sucede. No se lo cree. Dice ni siquiera en los enfermos de cáncer conozco ningún caso de estado estacionario consumiendo cuatro mil quinientas calorías diarias. Los médicos son científicos, todo tiene una causa, y esa causa ha de poderse identificar y medir. Por primera vez se ha interpuesto la sospecha entre ellos. Ella se lo ha zampado todo, ha ido anotándolo todo, no ha vomitado ni tirado nada. Las enfermeras vierten personalmente los frascos en el contenedor de la sonda. Sabe que no ha hecho trampa. Sabe que hay otra cosa, que el temor a engordar es a veces más fuerte. Sabe que su cuerpo es capaz de quemarlo todo; por las noches lo siente funcionando en vacío, vaciándose, lo oye latir, triturar, quemar, por más que todo haya pasado ya, que todo esté digerido, lo oye acelerarse, sin poder dejar de rumiar, de ronronear, de gastar energía. Sabe que su cabeza es capaz de hacer eso. Que su enfermedad es más fuerte que las certezas de un joven médico.

No ha contestado, no ha sabido explicárselo. Tal vez no se ha atrevido. Él se ha dado media vuelta buscando un efecto culpabilizador. Venía a significar a mí no va a engañarme, piénselo. Algo por el estilo. Algo asqueroso. La puerta se ha cerrado suavemente tras él. La pone de los nervios. Además, la verdad, esos calcetines de un

rojo chillón con zapatos marrones son el colmo del mal gusto. Claro que se ha zampado esas putas calorías. Está loca de rabia. Ya se oye llegar a la tortuga. Al mismo tiempo que la bandeja, entra su tía en la habitación. Laure explota, arroja cosas en medio de la habitación, el pan a la cara de Nicole, llora, dejadme en paz, joder, estoy harta de estar aquí, de estar enferma, dejad que reviente. Le reserva a su tía la rabia, los gritos, los suspiros exasperados. La comida arrojada por la habitación, los sollozos en la almohada. Porque está segura de su amor, absoluto, incondicional, descarga contra ella la violencia que le inspiran los demás. Porque sabe que eso no cambiará sus sentimientos.

Nicole se ha marchado. De puntillas. Volverá mañana o pasado. Traerá bolsitas de infusiones, periódicos, jabón. Laure sabe cuánto le debe. Cuando se le pasa la ira, recuerda que Nicole la acogió en su casa, poco tiempo antes de que ingresase en el hospital. Acoger es la palabra, como a una miserable cosilla desgredada que apenas se aguantaba de pie. Ya que no lograba que comiera, la tuvo en su casa unos días, calentita. Laure no podía con su alma. Estaba harta de todo y de todos.

Por las mañanas Nicole se iba a trabajar y dejaba a Laure durante el día. Se llevaba la llave, porque Laure estaba demasiado débil para salir. Laure recuerda que no tocaba nada de lo que le dejaba Nicole. Ni los platitos que no habría tenido más que calentar, ni la fruta, ni las galletas. En casa de Nicole hacía calor. En casa de Nicole estaba protegida del mundo. Protegida de todo, salvo de sí misma. Recuerda que metía un maletín de cuero en el quicio de la puerta para que no pudiera cerrarse tras ella y subía cuatro o cinco veces seguidas las seis plantas, con la mirada extraviada. Era mucho más que una necesidad, era algo imperioso, una droga, ni más ni menos.

Han acudido todos, sobrinos, primos, hermanas y cuñados. La voz de Oum Kalsoum ha invadido los pasillos. Es domingo, han invitado a Laure a la habitación de Fatia para celebrar sus treinta años. Es la única de la unidad. Se siente un poco perdida, toma té con menta, oye cantar a las mujeres. Ha regalado a Fatia una pulsera chapada en oro, la única que le ha parecido bonita en la tienda de la planta baja. Fatia le toma las manos para darle las gracias, le brillan los ojos. Una mujer opulenta acaricia los rizos de Laure, le pregunta por qué está tan flaca, también ella. Laure no sabe qué contestar, le da vergüenza. Todos se han quitado los zapatos. Empiezan a bailar en torno a la cama. La enfermera asoma la cabeza para llamarlos al orden, no hagan tanto ruido, si los enfermos se quejan, tendré que pedirles que se marchen. La fiesta se prolonga hasta la noche. Hablan en árabe, se ríen, cantan. En la planta doce de un edificio de hormigón. Laure se deja atontar. En el calor húmedo de la habitación, durante unos minutos, se olvida de todo.

Cuando se marchan, se quedan las dos solas. Han recogido las bolas de papel de regalo arrugado que siembran el suelo. Fatia se ha estirado en la cama. Ha pedido a

Laure que se quede un ratito más. La noche de sus treinta años, Fatia se ha dormido en una cama de hospital.

La azul ha asomado la cabeza por la puerta entreabierta.

Antes de irse, Laure ha cerrado la cortina, sin hacer ruido.

VI

Esta mañana, no paran de oírse los zuecos de la celadora. Va y viene, echa una mirada inquisitiva por las puertas abiertas, dónde se habrá metido la pequeña alumna auxiliar, la señora de la 23 sale hoy y hay que limpiar la habitación a fondo, Régis, vaya usted a ocuparse de los menús de aquel lado antes de que llegue el médico. Laure le tiene aprecio, aunque no parece mujer de trato fácil.

Se ha presentado a las nueve clavadas con un grupo de aplicados estudiantes listos y dispuestos para la visita al zoo. El doctor Brunel repasa cuidadosamente las cifras y comenta las curvas. Todos se apretujan en torno a la cama, mirándola a hurtadillas. Entra otro médico en la habitación. Éste asistió a la conversación que mantuvo Laure con el doctor Brunel el día de su admisión. El doctor Brunel pregunta a Laure si se acuerda de él. La pregunta la humilla, por la ácida ironía que le parece percibir en ella. Estaba grogui, de acuerdo, pero aun así. Le gustaría tener fuerzas para echarlos a todos de allí. Y a él como a los demás. Traidor de traidores. Dirigiéndose a su colega, prosigue, altivo como un papa, así que ya ves, los análisis de sangre son mucho mejores, las carencias se han colmado prácticamente, ha pasado de treinta y seis a cuarenta y cuatro kilos, con aparente recuperación física. Claro que aún no se puede cantar victoria. Todos se vuelven hacia ella. El aire dubitativo es de rigor. Que apechugue con eso, además, daño no le puede hacer —la mirada perpleja y compasiva con que repasan su aspecto enfermizo— una pizca de realidad ponderada, bien presentada, como debe hacerse, nunca está de más una llamada al orden.

Se ha marchado. Concluye sus comentarios en el pasillo. En ese preciso momento ella lo odia.

Tiene que inspirar profundamente y luego espirar con lentitud varias veces antes de que llegue la bandeja. No llorar, mantenerse tranquila, relajarse. Apenas le sirven la comida, se presenta su vecino de habitación para saber si Laure ha conseguido lo que pidió la víspera. Echa pestes contra el jamón con puré con que lo martirizan desde hace dos días. Parece extrañarle que Laure no se queje también. Pero hace tiempo que le traen sin cuidado los caprichos del ordenador. Con tal de que se coma y de que eso la acerque al día de la marcha, se resigna. De todas formas la barriga se le hincha y le duele. Ha firmado un contrato. Después, ya se verá. Si le da la gana, volverá a perder esos kilos agobiantes, sabe que todavía es capaz de hacerlo. Mientras se mantenga segura de su no dependencia, puede seguir engordando.

Ha salido a la calle al anochecer. Tal vez porque estaba enfadada con el doctor Brunel o tal vez porque se había hartado de estar encerrada en una habitación de hospital, así de sencillo. Después de merendar, aguardó a que la celadora concluyese

su jornada de trabajo, cogió el abrigo, la bufanda, los guantes, e hizo un bulto con ellos. Bajó en ascensor, como lo hacía cuando quería llenar el termo en la cafetería. Sostenía el paquete bajo el brazo con el corazón en un puño. En la planta baja, se lo puso todo y se enrolló la bufanda en la cabeza para ocultar el tubo que le salía por la nariz. Tenía miedo, miedo de la calle, del ruido, del frío. Salió mirando al frente, ebria ya de aquellos pasos robados al exterior. Miró los escaparates para no andar demasiado deprisa, para no dejarse llevar por la acera. Quizá como un alcohólico se toma medio vaso de vino, mucho tiempo después, con un nudo en la garganta.

A la vuelta dejó el bulto de ropa en el armario. Para otra vez. Ya calmada.

El doctor Brunel ha venido solo. Para enmendar el entuerto. Sabe que ella está rabiosa y que la rabia reconcome. No vuelve a mencionar las dudas. Examina a Laure, palpa la carne para observar los indicios del aumento de peso. Laure se siente tan raquítica de repente, bajo la palma de su mano, bajo esa caricia que no lo es. Siente hasta qué punto su cuerpo no es más que una mísera cosa puntiaguda, angulosa, nada deseable. Sin embargo, ahora la sensación es distinta cuando siente en su cuerpo el calor del hueco de su mano, sin embargo, por primera vez, ese cuerpo percibe la dulzura de la piel de él, la ternura de sus gestos. Eso le hace perder las defensas.

Podría envolverla en una sábana y llevársela a su casa, dedicarle todo su tiempo, toda su energía, decirle el deseo que siente de verla reír. Podría tenerla junto a él, tomarle la cara entre las manos, contarle historias estrambóticas. Podría decirle lo mucho que la quiere, lo mucho que la necesita también, que necesita su victoria.

Pero el doctor Brunel se ha sentado en la silla. Le recuerda aquellas primeras entrevistas en las que ella no podía juntar tres palabras, su desasosiego, la incoherencia de cuanto decía. Le cuenta su propio miedo, y su impotencia. Lo difícil que es dejar marcharse a alguien que se encuentra en ese estado. Es un día de confidencias. La hace hablar. Laure intenta describirle la angustia que sigue invadiéndola cada vez que come, la angustia de la comida como una angustia de muerte. Todo eso él lo sabe como lo demás.

Precisamente porque lo sabe es tan imprescindible. Porque en él el sufrimiento halla un eco, en la oscuridad de su historia, quizá, en su locura habitual.

Y si él fuera el único en saberlo todo, si él fuera la cólera del viento, capaz por fin de hacer caer a la niña de su árbol seco...

Se ha quedado mucho tiempo. A Laure le hubiera gustado acurrucarse pegada a él, le hubiera gustado llorar en sus brazos. Lo ama con un amor único, lo ama por esa chispa de vida que él ha recogido *in extremis*, lo ama por esa deuda que tendrá con él durante mucho tiempo, siempre. Lo ama por esa vacilación que a veces percibe en él a la hora de preguntarle sobre su vida, sus padres. Lo ama por lo que él entiende a través de medias palabras, lo que entiende en el silencio.

Le gustaría lograr decirle cuánto lo necesita, cuánto necesita que se ocupe de ella. Le gustaría poder ser ella la única, borrar a cuantas han existido antes de ella, y a cuantas no dejará de salvar, ariscas y frágiles. Se troncha sola cuando piensa en lo caricaturesca que llega a ser. Poco más y se creería uno de *Jóvenes doctores*, a las 8.20, en la segunda cadena, o de un tratado de psicoanálisis. Que llamen a eso como quieran, tanto da, lo ama por su compromiso de luchar con ella, contra ella.

Le dará un permiso de fin de semana si la curva de peso vuelve a subir.

Corinne aparece a veces por las mañanas con sus libros de historia y pide a Laure que le pregunte. Laure lee el capítulo y le hace preguntas. Siente que su memoria está tan vacía como su cuerpo. Junto con los kilos, ha eliminado a Enrique IV, a Luis XIV, a Robespierre. No sabe ya nada. Sopesa la amplitud de ese agujero negro que quizá no colme nunca.

Por las noches Fatia se presenta con su mirada tímida y lúcida sobre un mundo que se le escapa, un mundo privado de historia y de sentido. Con ella, toman posesión del lugar Bobby y Pamela Ewing. Fatia los abronca, los apoya, los consuela.

«El doctor Brunel parece contento con usted. Tiene una voz bonita ese hombre. Además es tirando a guapo. ¿Qué título tiene exactamente, lo sabe usted? ¿No cree que se parece a Daniel Guichard? ¿Está casado? ¿Qué edad tendrá, según usted? Yo diría que entre los treinta y cinco y los cuarenta. Muy joven para ocupar un puesto de esa categoría. ¿Cuántos kilos ha ganado usted? Le hacen falta unos veinte más para parecer normal. Ayer la vi en la cafetería, ¿estaba con unos amigos? Sabe, tengo los días contados, así que no me privo de nada. Hay que disfrutar del tiempo que nos queda. Un pastelito de vez en cuando la verdad es que consuela lo suyo. Ya sé que, con mis problemas de hígado, no debería, pero a mí la vida me gusta, no como a usted. ¿Esa chica alta que viene a verla de vez en cuando es hermana suya? Parece tener mejor salud que usted, se nota enseguida. En fin, volviendo a los médicos, en conjunto son muy humanos, sabe usted. Es que se necesita valor, disponibilidad. Imagino que todavía tiene usted para rato hasta que la dejen salir. Si todo va bien, yo podría dejar muy pronto el hospital. Van a encontrarme una plaza en un sanatorio».

Laure es contagiosa. Ya ha hecho bastante daño. Eso le ha dicho su padre esta mañana por teléfono. Contamina. Eso le ha dicho. Es malsana. Louise también. Louise, además, apesta. Contaminada. Todo eso le viene de la madre, internada cuando Laure tenía trece años, sólo por joderlo, acosarlo, fastidiarle la vida. Él es distinto. Combatió en la guerra de Argelia, les cambió los pañales, gana dinero para poder ocuparse de sus hijas. Cuando llegaron a su casa, una mañana de febrero, las llevó al médico, les compró ropa nueva, pidió la custodia. Contó a todo el mundo, incluida la panadera, que la madre estaba loca. Él es distinto. Un buen padre. Responsable en todo. La primera noche, las mareó a preguntas. Qué había pasado exactamente, quién había avisado a la policía, por qué no lo habían llamado antes.

Ellas le contaron veinte veces la misma versión, pero no se la creyó. Porque ya algo no cuadraba, había algo raro, tenían que empezar desde el principio.

Dudas, habría más. Reproches e insultos también. Por las noches, Laure gritaba en sueños. Soñaba que él la asfixiaba con un cojín, que le clavaba un cuchillo de cocina en el vientre, que le arrojaba ladrillos a la cara.

La renutrición, como la desnutrición, conlleva efectos secundarios que no aparecen mencionados en el folleto de acogida. Accesos de fiebre, sofocos, episodios de acné juvenil... Si Laure hiciera orgías de chocolate y de embutidos, el resultado sería el mismo. Tiene que pasar tiempo hasta que el cuerpo se habitúa, al parecer. Los granos en la frente y en la barbilla constituyen a veces una sana ocupación, no sin un gran despliegue de lociones desecantes y cremas disimuladoras. Las venas hinchidas de sangre nueva sobresalen bajo la piel. Los pantis y los jerséis de lana descansan en el fondo del armario. Laure se acalora y enrojece a las primeras de cambio. Sobre todo cuando el doctor Brunel declara públicamente que empieza a parecer una mujer.

Una noche tiene un extraño sueño. Está comprando en Ed con Tad. Deambula por las secciones, no sabe qué llevarse. Delante de ella, Tad empuja un carrito vacío y le pide que se decida. Se impacienta. En la sección de comida refrigerada Laure coge un paquete de salchichas. Salchichas envueltas en plástico. Al mirar la etiqueta, Laure descubre que están caducadas. Las deja donde estaban. Tad suspira. Laure coge artículos al azar, hamburguesas, queso, mousses de chocolate, mantequilla, intenta hacerlo bien, darse prisa, pero todos los productos están caducados. Sigue intentándolo, llora, Tad ha abierto un paquete de patatas fritas y las mordisquea alzando los brazos al cielo. En el sueño, el terror se hincha como un cardo en su garganta. Ahora Laure está arrojando todos los artículos por la tienda, vacía las secciones una por una, grita. Tad la deja que haga lo que quiera. Las cajeras y los clientes se han congregado a su alrededor, el encargado amenaza con llamar a la policía, Tad explica, con cara de agobio, es amiga mía, está enferma, entiende, no se puede hacer nada, hay que esperar, sólo esperar a que pare su numerito. «Termómetro», vocea Jocelyne a las siete menos cuarto. Laure, en su cama, está empapada en sudor. Le late muy rápido el corazón. Empieza un día de hospital, a lo mejor el mismo que ayer, o bien el mismo que mañana.

Ha telefoneado Pierre. Ha dicho ¿qué, alguna novedad? O bien ¿qué me cuentas? Laure ha colgado. Cada vez que llama pregunta alguna novedad o qué me cuentas. Laure está aprendiendo a sobrevivir en un centro hospitalario universitario. El que está fuera es él, joder. Lo conoció el año en que ella estaba en el último curso de bachillerato. Él tenía veinticuatro años, ella acababa de cumplir diecisiete. Él era vigilante y profe en aquella pequeña ciudad de provincias donde Laure iba al instituto. La existencia de Laure se había concentrado en esos tres días de la semana en los que él venía de París. Pierre vigilaba en la clase de estudio y estampaba cruces

en los pases de comedor. Daba clase en Sexto B. Ella había encontrado a un soplón de confianza a quien interrogaba regularmente sobre el programa que Pierre les hacía estudiar, qué autores, qué libros. Por la noche, tenía que esperar con frecuencia el autobús que la dejaba en el pueblecito donde Louise y ella vivían en casa de su padre. En la clase de estudio, lo devoraba con los ojos, camuflada tras un libro. Un día, Pierre se le acercó, le había gustado tantísimo ese libro, ¿qué otros libros leía ella? Conversaron un rato.

Ella imaginó toda suerte de chanzas y bromas para atraer su atención. Un rastreo del que él era el improbable tesoro. Había encontrado su número en París, se inventaba personajes, llamaba por las noches cuando su padre y su madrastra salían, horas al teléfono interpretando a inglesas extraviadas o a presentadoras de radio. Cuando Pierre supo que era ella la de las llamadas y toda la pesca, se rindió. Emocionado por tanta imaginación. Y por sus apetecibles redondeces. Aquel verano, tras el examen de selectividad, hicieron el amor, pasearon en moto, escucharon discos.

Con todo aquello, él había olvidado que estaba a punto de casarse. Cayó en la cuenta de pronto, mientras Laure pasaba una semana de vacaciones con Tad. Una carta, justo antes de su regreso. Una carta culpable y fatalista. Laure se quedó patidifusa. Se vieron un poco antes de su boda, adioses sin fin. Ella no quería perderlo. Después de su boda, no volvió a aparecer. Ella había ingresado en el curso preparatorio a las grandes escuelas, en París, un modo de tener ocupada la mente. Lloraba mientras escuchaba los discos que él le había regalado. Se sonaba. Le parecía sano expulsar toda aquella pena por la nariz.

Más adelante, cuando preparaba en el instituto el ingreso a la *Ecole Normale* e intentaba tragarse a altas horas el temario de la oposición, empezó a adelgazar, tranquilamente. De todas formas, no había pagado el comedor. Seguía pensando en Pierre. Pensaba en él como en todo lo demás, aquella papilla que se le escapaba entre los dedos. Al terminar el curso escolar, le escribió unas palabras. Un mensaje absurdo, terminante, ni siquiera una llamada. Al día siguiente él estaba allí. No la había olvidado. Llevaba siguiéndola unas semanas, escondido en el coche, en las cabinas telefónicas, la miraba ir y venir, surcar París en todas direcciones. Se lo confesó aquel día. Todo el tiempo que pasaba viéndola perderse. Ignoraba hasta qué punto. Lo comprendió cuando ella abrió la puerta.

Cuando Laure ingresó en el hospital, él acudió. Telefoneó. Quizá se sentía culpable. Equivocadamente.

Por él, ella había llorado mucho. Lo del cuerpo despellejado era otra cosa. No tenía nada que ver.

Le colgó en las narices. Pierre no volvió a llamar. Además, no volverá a llamar jamás.

VII

Esta noche comen frambuesas congeladas. Sí, congeladas. Están duras, frías, cuesta masticarlas. Mamá ha dicho que ésa era la cena. Frambuesas congeladas. Louise me mira perpleja, remueve la fruta en el plato, aguarda mi aprobación. Mamá dice también que ya no necesitamos ir al colegio. ¿Y si mamá se ha vuelto loca? O a lo mejor nos está gastando una broma, para que echemos unas risas.

Laure sigue buscando. Busca y espera.

Es la historia de un guijarro triste. Es duro estar triste, cuando uno es un guijarro y no tiene ni manos para enjugarse las lágrimas. La piedrecita va haciendo su vida, a trancas y barrancas, por montes y valles. Un día se queda prendida en la suela de un zapatón que no había visto venir, entre las hendiduras de goma. De pronto le asalta un miedo inmenso al ver alejarse ese cachito de camino donde ha vivido siempre. Hasta donde le alcanza la memoria. Parte hacia una nueva vida, pero se siente tan pequeño, tan cansado, tan vulnerable. Lloro, pero ¿quién ha oído llorar alguna vez a un guijarro, un guijarrillo herido en el alma desde hace tanto tiempo? Y el zapato se lo lleva, lejos, tan lejos, tan aprisa que se marea.

Es la historia de un pez sin escamas, de una tortuga sin caparazón, de una princesa de pacotilla que no podía renunciar a su dolor.

La habitación de Laure está poblada de historias caídas del bolsillo del doctor Brunel. Historias sin hambre, que surgen de debajo de la cama, cuando la habitación está a oscuras.

Corinne ha pasado a verla esta mañana. Acababan de quitarle la sonda. Laure tenía ganas de tocarle la cara, de acariciar la redondez de sus mejillas sólo con la punta de los dedos. Para ver qué se siente. Tiene que quedarse unos días más, para que se aseguren de que se le estabiliza el peso. Va a regresar a su casa, a reanudar las clases en el instituto. Reanudar la vida donde la había dejado. Intenta aguantar, le dice a Laure. Se sienta y retuerce maquinalmente un mechón de sus cabellos rubios. Habla sin mirar a Laure, lanza al pie de la cama esas frases que le han venido a la mente, al mismo tiempo que los kilos, los fundamentos de su curación, tal vez. Se asfixiaba. No tenía ya espacio alguno para existir, en la mirada de sus padres, en ese deseo de agradarles, en esa búsqueda de éxito, de perfección que había hecho suyas. Al principio, sólo quería encoger un poco, para sustraerse a ese dominio, hasta que un día quiso desaparecer.

Porque era tan fácil.

Confiesa a Laure ese secreto demasiado gravoso que puede que no llegue a contarles nunca. Deja allí ese pequeño fardo encordelado como un asado, que rueda

sobre el linóleo.

Dice que nada volverá a ser ya como antes.

Laure ha obtenido el permiso para el fin de semana. Está fuera. Camina mirando hacia delante. Aspira el aire a pleno pulmón. Si se dejara llevar por sus impulsos, volvería a casa andando. Hasta la otra punta de París. Cae una fina llovizna. Baja al metro sin entretenerse ante los escaparates, se detiene en la ventanilla para comprar una tarjeta, intenta no pensar en el nudo que se endurece en su vientre, en ese nudo incandescente que se concentra poco a poco en lo alto del estómago. El niño tiene ojos como canicas, está plantado ahí y la mira desde abajo, tan tranquilo, mamá, ¿por qué esa señora tiene un tubo en la nariz? Ha de reconocer que todavía llama la atención. El tubo se balancea suavemente detrás de su oreja. Le gustaría pensar que el resto pasa inadvertido. Pero las miradas de la gente se infiltran como desnudándola. Se hablan en voz baja, tapándose la boca con la mano, repasan su cuerpo parte por parte, investigan. Se desmiga ante sus ojos, tan vulnerable, desmenuzable como el hueso de pollo de una lata de cuscús. Piensa en ese tiempo tan próximo y aun así tan lejano en que llevaba sobre los leotardos de lana minifaldas supercortas, para mostrar más sus piernas —lo más impresionante las piernas cuando parecen mondadientes—, en que exhibía su delgadez como un trofeo y embutía sus huesos en vaqueros talla de doce años. Disfrutaba leyendo en sus miradas recelo, violencia, compasión. En el vagón que la devuelve a su casa, contempla su cuerpo multiplicado. Ha engordado siete kilos en los que ellos ni siquiera reparan, invisibles como siete kilos irrisorios. Permanece de pie. En las paredes de las estaciones descubre anuncios nuevos. Al salir del metro, vagabundea un rato por la rué du Commerce, antes de volver a casa. *Vagabundear*, esa palabra navega por su mente como una palabrota. Abre la puerta del quinto, el pequeño nudo se ha transformado en una bola de azufre, la invade el vértigo, a punto está de desplomarse. No se decide a entrar en casa. Todo por esa vaga emoción que asciende en ella, esa percepción súbita —física— de los colores, de los olores, del espacio. Despierta de una pesadilla. Está en casa. Por vez primera desde hace tanto tiempo, puede sentirlo en su carne. No se mueve de ahí, del umbral de ese espacio que debería resultarle tan familiar, que descubre sin embargo como una lejana reminiscencia. En su cuerpo se entrevera el olor de la madera y de la pintura reciente, en su cuerpo penetran la luz calmosa, el ruido de sus pasos en el suelo de la cocina. Lloro. Recobra intacto el recuerdo de las semanas que pasó allí, al margen de todo, aún de la sensación de vivir. Tiene los miembros embotados como al despertar de una anestesia general. En la misma violencia de esa emoción que le encoge el estómago, se da cuenta de que ya no poseía más que una certeza intelectual de su presencia, un conocimiento intelectual del espacio y del tiempo. Comprende que su cuerpo ya no era capaz de sentir sino el miedo y el frío. Quería tornarse transparente, ir por la calle golpeándose las rodillas, sin detenerse nunca. Volatilizarse, flaquear, pero aguantar. En ese afán descabellado, pasional, buscaba el

aislamiento, también la indiferencia. No volver a llorar, ni a oír, ni a sentir.

En su habitación, se tumba en la cama, con la cara hundida entre las manos. Las lágrimas le corren por los dedos, saborea la sal como una recompensa. Murmura nunca más, nunca más. Las sábanas todavía huelen a suavizante. Recuerda haberlas cambiado antes de irse. Recorre la habitación en busca de su vida de antes, acaricia los libros, hurga en los cajones para encontrar las cartas, los exámenes, las facturas que la ligan con el mundo. En la cocina, hace inventario, sartenes, cazuelas, platos, cubiertos, y le sorprende encontrar en las alacenas ese equipo de ama de casa ufana que aguarda su regreso. Se toma tiempo, se demora ante las fotos que cuelgan de la pared, pone un disco pero no enciende la cadena. Merced a esos rodeos indoloros, retrasa el momento en que terminará plantándose ante el espejo del baño para descubrir sus mejillas hundidas, como cientos de veces, como por primera vez.

Después sale a reunirse con Louise, que pasa el fin de semana con la madre. Louise, desamparada y sola en casa del padre. Allí siguen lloviéndole los insultos y los celos. Louise acude a París un fin de semana de cada dos. El otro fin de semana, Laure tomaba el tren. Cuando aún podía.

Dejó tirada a Louise, que no se lo perdonará. Carga con eso, es culpable de ese abandono, culpable hasta la médula. Un dolor que la reconcome junto con otros.

Al terminar el bachillerato, cuando Laure regresó a París para seguir estudiando, se instaló en casa de su madre, que había buscado otro trabajo, un piso, una vida normal. A los pocos meses de volver Laure, su madre empezó a verse con gente rara. Por las noches, se iba de copas al Kant, o de bares con Monet. Llegaba tarde. En la calle, regalaba el dinero, dejó de ir a trabajar. Líos que tomaron un mal cariz, hasta que acabó internada en Sainte-Anne. A decir verdad, su delirio en el fondo venía a ser más festivo que la primera vez. Pero entretanto Laure debía de haber perdido el sentido del humor. Durante unos meses se encontró sola con la olla exprés. Hacía arroz con leche. Cuando su madre salió del hospital, Laure se marchó. Tras vivir con otros o de realquilada, aterrizó en casa de Tad. Vivieron juntas en el amplio piso que habían dejado los padres de Tad y en el que alquilaron una habitación a Laure, que ésta pagaba cuando podía. Allí comenzó todo. Ante los ojos de Tad, que no los cerró nunca. A los pocos meses, cuando Laure tuvo que dejar aquella casa, se vino abajo el último dique. Sola, abandonada por entero a su asco y a la complacencia de un espejo de cuarto de baño, se dejó atrapar por ese frenesí al que no sabía poner nombre.

En casa de su madre, al menos, no puede decirse que lo que mate sea la conversación. Unas veinte palabras en un fin de semana. Louise, ceñuda, asegura a Laure que le da envidia su estancia en el hospital. La madre las mira. Bebe cervezas. Se atiborra, colma a trancas y barrancas el abismo que la enfermedad ha abierto en ella solapadamente, esa inmensa vacuidad que apenas refleja el eco de su sufrimiento. Durante la comida, engulle los tallarines con atún en dos minutos cronometrados, y

luego observa a Laure mientras come. Sin decir nada. Acto seguido, ante los ojos de Laure se mea en el pantalón toda la cerveza que se ha bebido. Laure se acaba el plato. Ese día, tal vez, es consciente de que saldrá adelante, de que saldrá de todo eso.

Después de comer, Louise y ella van a ver a Tadrina. Tad la indolente. Tad que se acuesta diciendo que no hay nada mejor que una cama. Capaz de pasarse el día entre el edredón y el canapé. En casa de Tad, los muebles y las cortinas tejen una especie de nido, la moqueta es espesa. Hace calor. Preparan té. Comen pan de pasas y pastelitos de manzana.

Por la noche, Laure y Louise regresan a cenar a casa de su madre. La madre habla un poco. Dice que irá a ver a Laure la semana siguiente, a lo mejor el martes, también el jueves, si no acaba muy tarde. Más no puede decir. Las palabras superan sus fuerzas. Un día, antes de conocer al doctor Brunel, Laure pasó a verla. Su madre le dijo: tú tienes que ir al hospital. A todas luces el decir eso suponía un esfuerzo, toda una frase, con sujeto, verbo y complemento. Laure dejó que se instalase el silencio, que se espesase más. Su madre concluyó con voz despegada: pues entonces te morirás. Como si hubiera dicho qué le vamos a hacer pásame la sal. Laure esperaba indignación, miedo, amenazas. Mucho tendría que haber esperado, se hubiera dejado la piel. Su madre era incapaz de expresar el sufrimiento, su sufrimiento de madre. Andaba, comía, dormía como un robot, un robot programado con neurolépticos, amordazado con reguladores de humor, un robot mudo embutido en una camisa de fuerza química.

Cada dos fines de semana, cuando va a casa de su madre, Louise ve la tele. Busca un refugio en algún lugar de California o de Miami. Nunca se pierde *Amor por el riesgo*, con Jonathan y Jennifer, los justicieros millonarios. Se lo pasan de miedo los dos, da gusto verlos. Los domingos por la noche, cuando llega el momento de salir hacia la Gare du Nord, Louise se hace de rogar, no quiere perderse el final del episodio, va rascando los minutos, remolonea hasta el último. Le encantaría perder el tren. Salta a la vista. Lo demás también. Sabe lo que pasará. Su padre se presentará a recogerla con media hora de retraso. Ella aguardará de pie en el pequeño terraplén, en medio de la carretera donde esperaban las dos, cuando Laure vivía aún con ella. Esperará muerta de frío que él le haga pagar el haber ido a pasar el fin de semana a casa de su madre.

Laure vuelve a tomar el metro con su petate de los fines de semana. Teme por Louise. Se odia, se desprecia.

Le avergüenza cómo se ha vuelto, cómo ha dejado de ser. Para Louise ella era una referencia, un asidero, una protección. Ambas se complementaban. Laure la traicionó. Se puso enferma ella también, enferma como ellos, enferma de la cabeza. Lo peor de todo. La hermana mayor, la buena alumna, la-que-fue-a-hacer-brillantes-estudios-a-

París, dio ese maldito traspie. Se jactaba en voz alta de haberlo encajado todo, digerido todo, se había calzado las botas de mil leguas para largarse lejos de todo aquello, para enfrentarse al mundo. Hasta el día en que aquella infancia lacerada volvió a embestirla de sopetón. Acerba. Por más que masticaba, rumiaba, deglutía, todo aquello ya no entraba. Pensaba haberse librado, haber recibido lo suyo. Pensaba que así podría salir adelante, casi indemne, apenas un ápice más sensible, pero no paraba ya de darles vueltas en la boca a aquellos pedacitos de infancia como guijarros terrosos que se negaba a escupir. No quería crecer, ¿acaso se puede crecer con tamañas heridas dentro de una? Quería colmar con el vacío aquella carencia que habían abierto en ella, hacerles pagar ese asco que sentía hacia sí misma, esa culpabilidad que seguía ligándola a ellos.

En el club de los dañinos, de los desafortunados, de los tocados por la vida, se juntó con sus padres. Dejó a Louise con, como único aliado, un hermanito en pijama que pronto ya no conocerá. No supo decirles, a ambos, cuánto los amaba, ese sentimiento devorador que le inspiraban.

Laure llegó media hora tarde al hospital. Ya empezaban a preocuparse. Encontró a Fatia ante su tele. Se notaba que había llorado. Intercambiaron una rápida sonrisa, pero Fatia parecía tan absorta con su serie que Laure no le hizo preguntas. Guardó sus cosas del fin de semana en silencio, sacó de la mochila el cuaderno y los bolígrafos nuevos que había comprado el sábado, y algunas prendas de antes que había encontrado en el fondo de un armario. Los domingos no viene el doctor Brunel, salvo para urgencias. Tiene su propia vida, una vida auténtica de hombre sano, una familia. Laure salió a dar una vuelta por el pasillo, seguía todo igual, en las habitaciones aún abiertas los televisores parpadeaban como guirnaldas navideñas. Retomó su labor a la espera de la cena. Una bufanda pletórica.

Fatia volvió después de cenar. Se acomodó en la butaca y cogió el mando. Sin decir nada. Se puso a mirar una serie y luego otra. No había traído nada, ni los dátiles ni el café. Laure notaba espesarse su congoja en el aire. Al final, Laure se durmió. Debido a aquella presencia muda, a su lado, frágil y tranquilizadora. Cuando se despertó, era más de medianoche. La tele estaba apagada. Fatia lloraba en silencio. Tenía la cabeza hundida entre las manos, sus cabellos negros pendían a cada lado de la cara, como dos serpientes muertas.

Fatia siguió igual. Durante mucho tiempo. Laure buscaba en vano palabras e historias que contarle, como las del doctor Brunel, historias de oasis, de príncipes en el desierto, de camellos de cinco patas. Laure no decía nada. Tal vez no había venido el marido de Fatia.

O tal vez lloraba por culpa de la enfermera de los domingos, que la había denunciado a la celadora la vez que volvió borracha del permiso.

Laure se acercó a Fatia, le acarició el pelo, no sabía muy bien qué hacer. Cuando

Fatia alzó la cabeza dijo mi cuerpo está seco. Mi cuerpo está seco porque yo lo he querido así, entiendes. Mi cuerpo está seco y no puede darle hijos, entonces él grita, arroja objetos por la habitación, aporrea las puertas, quiere un hijo, dice que no esperará más tiempo, que tomará otra esposa. Mi cuerpo está seco, Laure, porque yo así lo quiero.

Entonces Laure abraza ese cuerpo que brilla con toda su soledad, ese cuerpo que la enfermedad ha vuelto estéril. Árido.

VIII

Cuando la pesan al día siguiente, Laure ha perdido peso. No obstante los esfuerzos del fin de semana. No obstante la sonda que ha vuelto a conectar para la noche. Se siente atrapada en un cuerpo que la engaña y la domina. Espera al salvador de almas con su hermosa bata, y está firmemente decidida a decirle que tira la toalla, que no puede más, que es demasiado difícil. Que ella no se merece tanto esfuerzo. Que la deje reventar en su rincón como un gato aplastado.

Cuando él entra en la habitación lo primero que ve es dulzura en sus ojos. El doctor Brunel tiene los ojillos rasgados como con una cuchilla, sin embargo su mirada es tranquila. Lleva las manos metidas en los bolsillos de la bata, como anunciando que viene en son de paz. Pregunta a Laure cómo le ha ido ese primer permiso, qué impresión le ha producido estar fuera. Ella intenta describirle la emoción que le causa su presencia recobrada, la lentitud de los gestos diarios que desanudamos como por primera vez. Busca las palabras, quiere que él note eso también, que todo pasa por el cuerpo. Él se sienta en la cama a su lado. Parece saber, una vez más, lo que quizá otras han contado antes que ella, tal vez sus voces se alteraron como la de Laure, es consciente del vértigo que invade esos endebles cuerpos una vez fuera, la emoción de su carne vuelta a la vida. Le pregunta qué ha hecho, dónde ha estado, cómo han ido las comidas, qué ha comido. Ha comido tallarines con atún y carne picada, sí, carne roja, veo que se queda usted patidifuso, y ensalada de tomate, para merendar no me acuerdo, ah, sí, un pastelito de manzana el sábado, en casa de mi amiga Tadrina, fuimos a verla Louise y yo... Sigue enumerando, pero ya únicamente piensa en el inmenso consuelo que sentiría abandonándose en sus brazos, una sola vez. Siempre piensa en eso, en el calor de su cuerpo. Le gustaría que la amara tanto como ella lo ama, que se quedara con ella, que la conservara siempre dentro de sí, que no la abandonase. Él juega con eso, quizá, avaro de su presencia, omnipresente. Claro que todo eso tal vez no sea más que un juego que él maneja sin pretenderlo, cuyo alcance ya es imposible calibrar.

Se ha marchado. No ha mencionado el adelgazamiento. Sabe entre otras cosas el precio que supone un primer permiso de fin de semana.

Corinne se ha ido. Han venido a buscarla sus padres. Llevaba un loden azul marino. Tenía buen aspecto, un aspecto intachable, se parecía a todas las muchachas formales de su edad. Ha entrado a darle un beso a Laure. Quería desearle buena suerte. Ha dicho que vendría a verla. Sus padres la esperaban en el pasillo.

¿Qué quedará de esos encuentros dentro de diez años? ¿Qué conservará ella de Fatia, de Corinne, volverán a verse? ¿Saldrán adelante? ¿Para qué tipo de vida, con qué secuelas, a qué coste? Laure piensa en eso. Quizá ya no tendrán en común más

que el confuso recuerdo de ese paréntesis interpuesto en su existencia, el recuerdo de un hospital que ya no mencionarán, una fisura que apenas habrán compartido, que sin embargo teje entre ellas un lazo invisible, incomprensible.

Las habitaciones nunca se quedan vacías. El mismo día, han admitido a una mujer joven de veintidós años. Pesa ciento dieciocho kilos. Dice que no come casi nada, pero resulta que bebe. Doce litros de agua al día, ocho litros por las noches. Las enfermeras se afanan a su alrededor. Vienen a verla unos médicos que Laure no ha visto nunca. La llevan a reconocerla. Al final deciden quitarle la bebida, sólo podrá tomar unos pocos vasos. Lo pasa mal, sobre todo por las noches. Laure observa su cuerpo lleno de agua que se deshinch a ojos vistas. Para entretenerse, Catherine teje a toda velocidad jerséis para su hijo. Ha enseñado a Laure a terminar su bufanda y le ha montado puntos para un nuevo jersey.

Varias veces a la semana, Laure baja a la primera planta a buscar los periódicos y revistas para sus vecinos inmóviles, *Nous-Detix*, *Intimité*, *l'Equipe*. Laure se encariña con quienes la rodean. Poco a poco reconstruye a su alrededor una familia, formada por parientes pobres y primos lejanos, que deambulan en pijama y contemplan la ciudad a través de los ventanales. Conoce todos los casos de úlceras, cólonos e intestinos que circulan en el servicio, y el turno semanal de enfermeras y auxiliares. Por las mañanas viene Blandine a hacer la cama y el menú. Se queda siempre de pie, pero a veces se para a charlar un ratito. Le dice que hay que aguantar, que Laure está ahora mucho más guapa. Le habla del día en que llegó Laure, del miedo que da ver a alguien en ese estado. Cuando acude a recoger la bandeja, Eric le cuenta sus noches locas en los cabarés, las mujeres con los pantalones ceñidos, las copas de las que uno no lleva ya la cuenta, mientras que Régis le describe su angustia de joven padre ante la sección de pañales. Cosas de fuera. Anouk le trae a diario provisiones de ardilla. Mantiene firmes relaciones con la cocina, donde ha trabajado mucho tiempo antes de ser auxiliar en la planta doce. Anouk está creando poquito a poco una reserva de alimentos que Laure podrá llevarse a su casa, cuando salga. Como para aguantar un sitio. Confituras, azúcar, magdalenas y galletas envasadas en bolsitas de celofán, Nutrigil de vainilla, de chocolate, que se sorbe con una cañita. Conquistada por esas atenciones maternas, Laure amontona en su alacena paquetes y pequeños tetrabriks, como otros tantos tesoros de infancia. Rememora los tiempos en que el azúcar se le fundía en la boca sin darle asco. Guarda en el armario las bolsitas de Anouk como recuerdos golosos cuyo olor y crujido le recuerdan los miércoles que iban a casa de su tía, cuando aún vivían con su madre. Los días de invierno, Laure y Louise hacían puzzles, dibujaban, escuchaban historias. Tumbadas en el canapé o estiradas boca abajo en la moqueta, se sentían de repente protegidas. Para merendar, abrían las alacenas con curiosidad, sacaban los Daninos del congelador, untaban tostadas con leche condensada. Laure cortaba el Caprice des Dieux en lonjitas que saboreaba

confeccionándose un emparedado entre dos patatas fritas. Las dejaba fundirse entre la lengua y el paladar, en un baño de saliva caliente, e iba tragándose las poco a poco con una deliciosa sensación que le inundaba la boca. Cuando lo piensa, se traslada a aquellos tiempos, los de la despreocupación. Sin saberlo, comía patatas fritas impregnadas de aceite y queso con un sesenta por ciento de grasa. Sin saberlo, era libre.

Esta noche el doctor Brunel observa que Laure ha cambiado de labor. Declara a quien quiera oírle que ese jersey le iría de maravilla. Laure se lo imagina con un jersey de punto de malla, un jersey «de tubo» como los que tenían Louise y ella de niñas. Sonríe.

Fatia se acuesta tarde. Cuando acaban las series, deambula por los pasillos o fuma cigarrillos en su habitación. Por las mañanas las auxiliares se enfadan porque se niega a salir de la cama. Dice que no le gusta la luz del día, quiere que la dejen en paz. Ni siquiera cuando Laure va a buscarla para tomar algo en la cafetería quiere saber nada, se tapa la cara con la sábana, no contesta. Todo le parece un asco, el hospital, la manduca, la vida. Hace huelga.

Laure engorda. Observa el resultado de su constancia a cachitos, miembro por miembro, pero ya no soporta mirar su reflejo entero en el cristal, cuando está cerrada la persiana. Le complace ver hincharse sus pechos, los mira de perfil en el espejo, abombando el torso. Se enorgullece de ellos, porque son los vestigios de su feminidad, le gustaría que fueran más macizos, más altos también. El resto, cada día le cuesta más aceptarlo. Las mejillas se llenan poco a poco, al verlo se muerde los labios hasta hacerse sangre. Cada gramo que se echa encima parece querer concentrarse ahí, como para mofarse de ella, para desanimarla, como para recordarle con brutalidad los mofletes redondos y sonrosados de su adolescencia oprimida, asfixiada al aire libre.

Poco a poco sale de un embotamiento del que apenas era consciente. Poco a poco, van atrayéndole de nuevo los demás. Paga su precio por ello, un precio que se cuenta en kilos. Encerrada en un infernal frigorífico, tan sólo percibía el ruido de su respiración. Apenas podía hablar. No podía pasar más de diez minutos en los cines, no podía ya leer un libro, algo la corroía por dentro, había perdido toda percepción afectiva por la gente y por las cosas, se moría de frío y de miedo. Le cuesta creerlo. Regresa de una tierra árida que es incapaz de describir, que sólo él conoce. Ella eso lo lleva marcado. En el camino que la devuelve a la vida, advierte de pronto que está desnuda. Mucho más frágil sin su armadura de hielo. Intenta aceptar su cuerpo torpe y convaleciente, intenta no hundir las uñas en su carne para arrancar toda esa grasa que prolifera como una mala hierba.

El doctor Brunel suele acudir al final del día, se queda un rato a charlar un poco. Sabe lo vulnerable que es ella. Se informa sobre la calidad de los programas de la tele, mira por la ventana, inicia historias que deja en *suspense*, se desvive por ella.

Él le dice debes tomar la mano que te tienden, aceptar ayuda, no se puede luchar siempre solo. Tienes que recuperar peso para aceptar curarte. Ella se deja ilusionar por esa paradoja, no opone resistencia. Le ha regalado a él ocho kilos, o se los ha regalado a sí misma, no acaba de saberlo.

Laure sale con frecuencia al caer la noche. El aire de París posee perfumes prohibidos. En la calle agacha la cabeza, evita las miradas. A veces le da miedo cruzarse sin darse cuenta con alguien del hospital. Entra a tomarse un té con leche en los cafés aledaños, o se acerca hasta la galería comercial de la rué Championnet, junto a la parada de metro Guy Moquet. Deambula por la galería. Toca la ropa, los zapatos, los libros. Se embriaga. Finge que podría quedarse allí, o volver a su casa, no regresar al hospital. Se preocuparían, llamarían a su madre, la buscarían en la cafetería, en las demás habitaciones de la planta. Pero siempre da media vuelta, aprieta el paso. Seguramente él acudirá esa noche, después de su consulta. Regresa porque lo necesita, y necesita ese refugio que él le ha brindado.

En ocasiones, hacia el mediodía, Laure redescubre el placer de comer. Nada que ver con el desahogo obscuro del cuerpo puesto en el disparadero. Un simple grito del estómago que sólo pide que lo satisfagan. Le gustan las acelgas gratinadas, el pollo asado y los postres de sémola. Ha metido la bolsa del agua caliente en el fondo del armario junto con la manta de mohair que le trajo su tía. Duerme con un sueño menos moroso, más profundo. Ya no le da miedo la noche.

Protegida del mundo, el miedo se difumina paulatinamente. Todos los días las mismas ocupaciones, las mismas conversaciones. Donde está, se siente segura. Era lo que necesitaba. Toda esa vida a su alrededor, como una burbuja. Termómetro, análisis de sangre, menú, limpieza de la habitación, bandejas, enfermeras, auxiliares, vigilante, previsibles con un margen de un cuarto de hora. Era lo que necesitaba. Las sábanas limpias y la funda de hule que se cambia casi a diario, el mocho en la habitación, la puerta que se abre y se cierra veinte veces, el médico y el séquito de batas blancas, los vecinos de pasillo, la dietista. Exactamente lo que necesitaba para acabar con la angustia y romper con la soledad. Ahora la acecha otro peligro; podría echar raíces en el linóleo beis, encadenarse para siempre a esa enfermedad, podría olvidar que se puede vivir de otra manera, contentarse con el puré de sobre y los diez metros cuadrados que le han asignado, bien calentita, amodorrada, protegida de la angustia que corroe el alma.

Hospitalizada para desengancharse, Julia llegó a la planta una mañana con la excusa del hígado. Funcionaba a base de heroína. Le ponen inyecciones para el dolor

y le suministran tranquilizantes. La noche de su llegada, Laure se fuma un cigarrillo con ella en la sala de descanso. Ha dejado a Fatia a solas con Colombo. Intercambian unas frases triviales a modo de acercamiento. Por qué estás aquí, cuánto hace. Julia se tomaría algo caliente. Laure sale como un rayo a buscar el termo y las bolsitas de infusiones. Se zambullen juntas en la noche, comparan sus historias, no pueden ya parar de hablar. Como réplica a los chutes de Julia, Laure cuenta la embriaguez del ayuno, los gritos de angustia como ataques de mono. Tienen en común esa sensación de virulencia, esa sensación de declive, inextricablemente imbricadas. Saben también que es demasiado tarde para morir. Conforme pasa el tiempo, a Julia le amarillean cada vez más los ojos. Laure nota que el cansancio le va socavando el rostro. La enfermera de noche les ordena que se vayan a dormir.

En la oscuridad, Laure se ha encasquetado el *Walkman* para no oír el ronroneo de la máquina. Se deja arrullar. Espera el sueño. De repente se le aparece la avenue René-Coty y aquella mujer que la paró en plena carrera para preguntarle si oía a los gorriones. Busca en el recuerdo las calles, los bulevares, los barrios que atravesó a lo largo y a lo ancho, rememora los itinerarios, calcula el número de kilómetros que se hacía a diario. No sabía ya hacer otra cosa.

Fatia se marcha esa mañana. Viste de negro. Laure observa los diminutos tatuajes que luce en la cara, como puntos suspensivos, cuyo significado ignora. Su marido no ha podido venir a buscarla, trabaja en una obra. Va a volver a su casa, al lado mismo del hospital, cerrará las cortinas, fregará los platos, limpiará las verduras. Encenderá la tele, mirará las series de la mañana y las de la tarde. Mujeres vestidas con traje sastre color malva lloriqueando en su sofá de cuero, viejos coquetos con traje de tres piezas ahogando las penas en *whisky*, adolescentes de rubios cabellos tomando el sol de California. Sus ojos son tristes. Fatia sabe que volverá, lo que le cueste perder todos esos kilos que le han plantado en el cuerpo. Es anoréxica, una palabra que no existe en su lengua, ni en su cultura, una palabra que se le ha pegado, en la humedad de su cocina, en la Porte de Clignancourt.

Laure la acompaña abajo, hasta las puertas vidrieras. Se besan. Fatia le dice algo en árabe, un deseo o una plegaria. Laure ve cómo se aleja su figurilla morena. Se le revuelve el estómago.

Laure ha renunciado a hacer punto. Es demasiado torpe. Ha regalado sus madejas de lana a Catherine, la joven obesa que reaprende a beber agua con moderación. Ha decidido dedicarse al collage. Empieza a recortar. Eso lleva varios días. Pide revistas a sus amigos, baja a comprar algunas en el quiosco. Recorta en las distintas páginas paquetes de pasta, latas de conserva, platos cocinados, flanes, tabletas de chocolate, bolsas de caramelos, piezas de carne cruda, pescados, ollas humeantes, pollos atados con cordel, pomelos abiertos por la mitad, tubos de mayonesa, bocas abiertas. Luego los pega. Con técnica. Con amor. Llena una amplia hoja con esas vituallas de papel,

apretadas unas contra otras, sin espacios vacíos. Luego recorta letras en las revistas. Las pega una a una. Escribe: «la manduca no es moco de pavo». Cuando concluye su obra, mientras la mantiene ante ella estirando el brazo, frente a ese desorden absoluto, ilógico, la embarga de pronto una inmensa sensación de satisfacción. La misma noche, le hace al doctor Brunel ese regalo incómodo, mucho más pesado de lo que parece.

Otro día comienza a escribirle una carta. A trocitos. Abandona provisionalmente su cuaderno. Le cuenta el miedo de ayer y el de hoy. Le habla por primera vez de Lanor, bautizada con ese nombre a altas horas mientras ella se contemplaba con su cara macilenta y sus ojeras en el espejo de su baño. Lanor, la anoréxica, el esqueleto tambaleante colgado de sus faldones, que le susurra de nuevo al oído su repulsión y se alegra de sus vagabundeos. Lanor, que la abrasa por dentro. Escribe a trocitos ese grito infinito que ha permanecido mudo hasta entonces. Ese grito que ellos no han sabido oír. La vacuidad de su esqueleto al desnudo, todo eso para nada.

Un día le entrega una carta. Más adelante, él le pregunta si puede leérsela a sus alumnos. Laure intenta poner en palabras esos pequeños islotes de vida que comienzan poco a poco a latir de nuevo en ella. Reliase el camino a la inversa. Sigue escribiendo. Cartas a Pierre que no le envía, cartas a Tadrina, a sus abuelos, una carta al profe de francés que tuvo en quinto y en sexto, que le inculcó la afición a las letras. Recorta todo cuanto cae en sus manos. Lo pega en cartulinas Cansón de colores. Cuelga los collages en su habitación. Pone la radio cada vez más alta. Baila cuando la puerta está cerrada. Habla por teléfono de pie. Hace abdominales en la cama. Baja a la cafetería, hace nuevos amigos en otros servicios, va a visitarlos, vuelve, sale de nuevo. No aguanta ya quieta. Se atonta para no pensar en su cuerpo que se hincha a ojos vistas.

Fatia decía siempre si no piensas, todo va bien.

IX

«¿Qué prefieres, a papá o un yogur?».

Era una pregunta ritual. Desde niña. Tenía muchas más en la cabeza, ¿prefieres a papá o a mamá, prefieres a papá o a la maestra, a papá o a Louise, a papá o al resto del mundo? Él siempre ha opinado que Laure comía demasiados yogures. Parece ser que comer tantos descalcifica.

Nunca le basta ese amor que le dan. A su padre le hace sufrir que lo quieran poco, le hace sufrir ese vacío que abre a su alrededor, poco a poco, a su pesar. Sufre un mal extraño, un mal que también lo corroe a él. Su padre lo destruye todo, los afectos, los sentimientos.

Laure conoció a la señora Bauer una noche en que ésta entró en su habitación diciéndole que tenía calcetines muy bonitos. Calcetines de tenis. Alguien le había dicho que «la niña del final del pasillo tenía galletas redondas». Y, precisamente, la señora Bauer tenía un huequecito en el estómago. Laure sacó su reserva de magdalenas, *petits Lu*, *gaufrettes* y otras galletas de pura mantequilla, las hay para todos los gustos, elija usted misma. La señora Bauer la miró agradecidísima. Con su bata raída no lo parece, pero fue *Miss Austria* en 1935. Se ha disculpado de estar tan vieja y tan desaliñada.

Desde entonces, la señora Bauer no pierde la ocasión de enseñarle su foto de *Miss Austria*. Acude todos los días a echar mano de la reserva de Laure. Siempre se equivoca de puerta cuando quiere volver a su habitación y no para de disculparse. Le preocupa la decencia de los camiones que le suministra el hospital. A Laure le da pena la soledad que desprenden sus chinelas y su cuerpo ajado, que se aprecia a través de la bata. Laure sabe hasta qué punto el término «gastroenterología» oculta a una tribu heterogénea y disparatada. Toxicómanos, ulcerosos, anoréxicos, inadaptados y achacosos de toda laya gimotean a una. Lo hacen porque están hasta el gorro de todo o por pura decrepitud. La señora Bauer comparte la habitación con otra anciana a quien se oye chillar desde la otra punta del pasillo. Una suerte de tirana de la tercera edad que se pasa el día espetándole órdenes contradictorias que la señora Bauer ejecuta sin chistar, con extrema amabilidad, disculpándose continuamente por no ser más rápida o por no encontrar el pequeño chal rojo que la otra le manda que le traiga *ipso facto*. Al no poder salir de la cama, la vieja habla o gime de continuo, esté o no esté la señora Bauer en la habitación. Monólogos entrecortados de gritos que invaden el pasillo por la puerta permanentemente abierta. Reclama la chata, a las enfermeras, a los médicos, a la celadora, prodiga sagaces consejos a amigos imaginarios suspendidos al borde de un precipicio, sobre todo no mires para abajo, no mires, da un paso a un lado, despacito, agárrate a la roca, a tu izquierda, apóyate en el

pie, ¿me oyes o no me oyes? Laure percibe en su voz el pánico y la muerte ya próxima.

Laure se toma demasiado a pecho a todos esos viejos que gimen, escupen, llaman. Muy a gusto les regalaría toda su reserva de galletas redondas, y también las cuadradas. Todo el privilegio que le otorgan sus diecinueve años y tanto tiempo por delante. La señora Bauer se ha negado. Eso se lo tiene que quedar usted, una niña tan flaquita, la pena que me da... Anouk sigue trayendo más y más comida extra. Laure almacena y dedica todos los días unos minutos para gestionar su reserva. Tampoco está muy segura de querer llevarse todo eso el día que salga.

Las auxiliares hacen un pequeño alto en la sala de descanso. Jocelyne lee revistas, y Régis juega al rummy con el anciano ruso, que se queja de estar solo desde que se marchó el mudo. De pronto se oyen los zuecos de la celadora. Ambos alzan la cabeza y miran con expresión interrogante a Laure, que está sentada frente al pasillo. Sí, la celadora se acerca por allá. De un brinco se ponen firmes los dos, las cartas se guardan y el periódico se esfuma. Laure empieza a formar parte de los muebles.

Hace falta mucho valor para dejar de comer, dice un día una señora con bata acolchada.

Laure no intenta explicárselo. Dice no, señora, no tiene nada que ver.

El doctor Brunel habría sabido decirlo. El ayuno como un poder supremo, como una fortaleza. En ayunas, el guepardo es capaz de enfrentarse a cualquier peligro. El limaco de mar también.

En ayunas, Laure se sentía más fuerte, inaccesible. Ahora es otra cosa.

Cuando él entra en su habitación y advierte su mal humor, su sensibilidad a flor de piel, cuando ella se desmorona ante él, fuera de sí, Laure sabe que ya no es cuestión de sobrevivir sino de curarse. Sabe que le gustaría recuperar ese cuerpo que ha depositado a sus pies, no sólo porque suele parecerle discutible el color de sus calcetines, sino también —aún no es capaz de confesárselo— porque no está segura de querer renunciar a su rebeldía. Abre los ojos y querría gritar hasta quedarse sin aliento el terror que le da haber llegado hasta ese punto.

«Si pudiera, así, con un toque de varita mágica, regalarte diez kilos, ¿los aceptarías?».

Ante su mirada ella baja los ojos.

Niega con la cabeza. Él sonrío y a ella le gustaría estar en sus brazos.

La puerta hace un ruido de fuelle al cerrarse.

Por la noche, las enfermeras entran a purgar la nutribomba. Laure abre un ojo, se vuelve hacia el otro lado de la cama. Sobre todo no salir del sueño, si no, Lanor se impondrá de nuevo. Por las noches, Lanor es más poderosa que la sonda, corroe,

absorbe, lo devora todo. Se zampa kilos a gogó. Se resiste, es como un órgano rebelde al que hay que hacer callar. Persigue a Laure mediante tácticas subrepticias, la convence de su lamentable inutilidad, de su inevitable recaída. No la deja dormir o invade sus sueños de carne cruda, de olores saturados, de patatas fritas rezumantes.

Pero Laure estrecha a Lanor en sus brazos. Sabe hacerlo. Estrecha demasiado fuerte a ese monstruo interno que se niega a engordar, a ese monstruo ciego, a esa niña también, culpable de no querer crecer más, culpable de haber abandonado a su hermana.

El doctor Brunel habla del colico anoréxico que ella reproduce al alimentarse, de los mecanismos que hacen que su cerebro reproduzca un estado similar. Está desnuda como un limaco saciado y la noche la devora por dentro.

Le duelen sus mofletes que se llenan y las redondeces que asoman, la hace sufrir esa carne que prolifera en ella como un injerto exponencial.

Todo eso él lo sabe. Percibe siempre esa urgencia que tiene ella de él. Cada noche, ella se dice a sí misma que va a darle gato por liebre, va a dárselas de chica desenfadada y adiposa, que asume toda la grasa que produce sin quererlo, que lo ha entendido todo. Le gustaría convencerlo de que puede acabar el trabajo por sí sola, de que está fuera de peligro. Fiel a su visita diaria, él se sienta en la cama, incisivo, la pone a prueba, la observa. Cada noche encuentra la frase o la pregunta que darán en el blanco, te veo muy tensa, cada noche ella aguanta mecha dos o tres minutos, le mantiene la mirada con arrogancia, para terminar prorrumpiendo en una ola interminable de mocos y sollozos. Llena los Kleenex unos tras otros, esboza frases dolorosas entre dos amargos hipos. Echada en la cama, se avergüenza. Le gustaría disolverse instantáneamente. Como una bolsita de azúcar en un té hirviendo.

Inexorable y anoréxica, ha dicho ya ve usted cómo se parecen las dos palabras. Pero él no lo ve así.

«Se me hace extraño ir vestida de calle, después de tantas semanas aquí. Usted, pobrecilla, aún tiene para rato. Eso sí, hay que decir que tiene mucha mejor cara que cuando llegó. Y cuerpo también, desde luego. Así que, vaya, ¡seguro que en adelante esto será pan comido! ¡Ja ja, nunca mejor dicho! Bueno, pues he venido a despedirme, porque, ya ve usted, se me hace raro marcharme. Me han encontrado un sanatorio en Loiret, un sitio muy bueno para las convalecencias bajo estricta vigilancia. Porque, sabe, yo tampoco he salido del paso. Claro que no es lo mismo. Lo suyo depende de usted. La verdad es que te encariñas con la gente cercana en el hospital, te creas amistades. Por eso mismo quiero regalarle este frasquito de agua de rosas, está nuevo, es buenísimo para la piel, y te calma. Mire, huélalo, a que es delicioso. ¿Cuántos kilos le faltan para salir? Ah, pues aún es. En fin, si no tira la comida al retrete, acabará consiguiéndolo. El caso es seguir alimentándose bien cuando salga, no volver a las andadas. Porque una cosa le digo, con esa enfermedad

hay muchas recaídas. Es lo que pasa con las enfermedades de cabeza, que a veces son incurables. Esa mujer argelina que estaba siempre metida en la habitación de usted, parece ser que era lo menos la quinta o la sexta vez. Al fin y al cabo, es un asunto de voluntad. Bueno, tengo que irme. Me llegará el taxi dentro de un cuarto de hora. Voy a casa de mi primo, que me llevará allí esta noche. Venga, muchos ánimos, eh. Me he alegrado de conocerla».

La azul da media vuelta. En esta ocasión lleva un horroroso abrigo color malva. Laure la ve alejarse desde el umbral de la puerta. Poco más y casi derramaría una lágrima. No se puede ser tan sensible. Poco más y le agitaría el pañuelo agradeciéndole todos los monólogos que le ha infligido. Toda esa sarta de gilipollices que soltaba, sin que hubiera modo de cerrarle la espita. Pero sí, está casi triste. Esa soledad que desprende la gente te acaba dejando la moral por los suelos.

En una foto tomada días antes de ser hospitalizada, descubre ese rictus que ahora se atreven a describirle. La fijeza de la mirada, la cara desencajada, la piel casi transparente. Una amiga le cuenta un día la estratagema que utilizaba cuando quedaban, para ver antes a Laure sin que ella se diera cuenta, ocultándose tras un poste o una marquesina de autobús, para tener tiempo de acostumbrarse. Dicen dabas tanto miedo, parecías tan decidida, tan lejana. Dicen no sabíamos cómo abordarte, cómo hablarte, eras inaccesible. Nosotros también hacíamos esfuerzos para tragar saliva. La miraban apagarse, desde fuera, con una especie de resignación desconsolada. Los más se callaron, fingieron no darse cuenta, o se alejaron silbando entre dientes. Algunos dejaron de verla, pero el resto aguantó firme. Piensa en los que nunca la abandonaron, los que seguían llamándola y pasaban a verla, sin recibir nunca nada por su parte. Prometía copas, cine, comidas, siempre imposibles, aplazadas, anuladas. Atiborraba la agenda de citas y cada día se hundía más en la soledad. Utilizaba pretextos, excusas, hechos imprevistos, porque no podía seguir así, no podía decir nada, simplemente, no puedo más, no puedo ya sentarme, y se acabó. No sé hacer otra cosa que quemar mi cuerpo por dentro, y me da la impresión de tener calor. No podía decirles nada. Cuando perdió hasta la voz, ellos se llevaban la mano al oído y le preguntaban, compasivos, si estaba constipada. La única que le chillaba era Tad. Laure, así no puedes seguir, ¿qué quieres, joder, qué te propones? En una ocasión, Laure contestó. Quiero morirme. Tad se levantó, fuera de sí, gritó, no es cierto, Laure, si quisieras morirme hace tiempo que lo habrías hecho, sabes perfectamente que hay modos más expeditivos. Laure no lloró, hacía tiempo que se le habían agotado las lágrimas, se fue dando un portazo. Le hubiera gustado poder darle las gracias a Tad, lo hizo mucho después.

Cuando Laure era niña, su madre quería morirse. Hablaba del suicidio como de un acto muy noble pero también muy triste. Cuando Laure tenía diez años, murió el hermano de su madre. Se disparó un tiro en la cabeza. La misma mañana había

comprado su botella de leche. Laure recuerda ese detalle absurdo, que oyó al hilo de una conversación, había comprado su botella de leche. Al poco tiempo, hizo lo mismo el primo de su madre. No se sabe si había salido a comprar. Lo que sí se sabe es que, después, esas muertes corren poco a poco a las familias. Su madre acababa de perder a su tercer hermano, su madre decía cuesta tanto vivir. En el espejo del baño escribió con carmín: «Voy a palmar». Durante días, quizá semanas, Louise y Laure se cepillaron los dientes con la muerte de su madre tatuada en la cara. Cuando volvían del colegio, les daba miedo el silencio. Miedo a encontrársela tendida en la moqueta gris.

Cuesta tanto vivir. Esas mismas palabras le acuden a los labios, unas palabras que la inscriben en esa estirpe de heridas intactas.

Cuando llegó al hospital, su culo se reducía a una raya en las nalgas ancha como una trinchera. Para que no se cayese el termómetro, tenía que sujetarlo con la mano. Se golpeaba con las sábanas como si los huesos traspasaran la piel. Semana tras semana comprueba las mejoras, enumera las ventajas. Los días de convalecencia se asemejan, y ella se concentra. Afloran detalles sórdidos a saber de dónde. El vinagre que se vertía a chorros en la ensalada, el agua con gas de la que se atiborraba para corroerse más. Piensa en aquellas veladas que pasaba, con la espalda pegada al radiador, copiando recetas de cocina. A partir de revistas, creaba archivos culinarios: ternera, buey, tartas, pastas. Catalogaba platos. También los llevaba a la práctica, cuando vivía en casa de Tad, hacía pasteles, preparaba guisos, sin probarlos nunca, sin mojar nunca el dedo meñique. Disfrutaba cebando a Tad y a los amigos que acudían por allí, viéndolos sucumbir ante el Délice de almendras y chocolate y repetir, trocito a trocito, por pura golosina. Ella no tocaba una miga de aquello. Por las mañanas bajaba a comprarles cruasanes, ponía el azúcar en la mesa. Para agradarle, había que zampar. Malditos los que no tenían hambre, porque había que marcar la diferencia.

En su cuaderno escribió no reincidiré, un sortilegio más que una certeza. Le gustaría creérselo. De todas formas, es sabido que nunca hay que volver a congelar un producto descongelado.

Esta noche Laure se ha sentado en una butaca a fumarse un cigarrillo. Se han cerrado las puertas, las enfermeras dan la última vuelta. En la sala de descanso, la gente pega la hebra, espera a que le venga el sueño. Una anciana ha salido a pasitos de su habitación. Ha decidido que tenía que tomar el metro de inmediato. Eran las diez y su bata abierta dejaba al descubierto un cuerpo lampiño y consumido. Ha comenzado pidiendo información a varias personas sobre el precio actual de un billete de metro y, depositando su confianza en Laure, «la parisina», le ha sacado cinco francos a Miss Austria, que le ha deseado varias veces buena suerte, buen viaje

y buen ánimo. Recorre el pasillo diez veces seguidas. Con los cinco francos en una mano y en la otra un billete usado que la habían dado las enfermeras. Cada vez que pasa delante del grupito divertido, se detiene, extrañada de volver a encontrarse en el mismo punto, pide información complementaria, y echa a andar de nuevo, animada cada vez por la señora Bauer, quien le recomienda que se apresure para no perder el último metro. Laure le sugiere que sería mejor esperar al día siguiente. Tras pasar unas diez veces, la intrépida acaba aplazando la expedición. Junto a Laure, el señor ciento treinta kilos —menos unos cuantos, al cabo— constata con tono amargo que hay que ser varios para reírse de ello. En ese momento, en la otra punta del pasillo, una señora grita que le traigan la chata. Laure se levanta y vuelve a la habitación, recorrida de escalofríos.

Laure ha abandonado las revistas. Ahora recorta las figuras en cartulina Cansón. Hombres y mujeres de distintos colores que pega con esmero se miran de frente, se siguen o se dan la espalda. Están en continuo movimiento, no hay ninguno gordo.

Una noche, Laure anima a Julia a acompañarla a una de sus pequeñas fugas al caer la noche. A Julia cuesta convencerla, le da miedo que la sorprendan, que sospechen que ha salido para hacerse con droga. Vamos, que te sentará bien tomar un poco el aire, una buena bocanada de calle, Julia acaba aceptando. Toman un té en un bar del boulevard Ney. Julia tiembla un poco. Está pálida, tiene los labios casi transparentes. Es como una esponja, a pesar de la cantidad de pastillas que se toma a lo largo del día. Permeable. Vulnerable.

Esperan simplemente que pase el tiempo. El tiempo tiene que pasar para alejarse de él, para salir de allí. Cuentan las horas, los días, se agotan.

Han sustituido a la azul por una anoréxica de primer orden. Si la azul lo supiera. Laure sonrío ante esa idea, escribirle una tarjetita desde París, querida Marie-France, figúrese que apenas se dio media vuelta, no contentos con haberse librado por fin de usted, aposentaron en su lugar a un esqueleto, uno de verdad, créame, que deambula en calzoncillos ceñidos por los pasillos, con intención de exhibir aún unos pocos huesos ante la gente (como debe ser).

Catherine se ha marchado con un tratamiento y unas recomendaciones, tras perder unas cuantas decenas de kilos de agua. Se moría de ganas de reunirse con su hijo. El señor Palmier se recupera trabajosamente de la semana de ayuno que le impusieron. Dice lo más duro es oírte la tripa cuando son las doce y sabes que los demás van a instalarse ante la bandeja. Dice a veces te echarías a llorar. Laure no se atreve a preguntarle cuánto ha perdido desde que llegó.

Una mañana, llama su madrastra, de parte de su padre. Él ya no se ve con fuerzas. Todo le mina, sabes, tiene otros asuntos que atender, con su trabajo, por no hablar de

las preocupaciones que le da tu madre, y Louise que está en plena crisis de adolescencia. A la madrastra le subleva que Laure siga allí, en el hospital, viviendo a cuerpo de rey. ¿Qué razón de ser tiene la desgana cuando una tiene casi veinte años y un físico de starlet? Dice hay que mover el culo, Laure, hay que mover el culo. Muy propio de ella, que no ha movido un dedo en la vida. Si se hiciera una idea. Qué coño hacía ella, sin pegar sello día tras día, aparte de pimplar a escondidas para olvidar la vacuidad de su existencia, la culpabilidad de ser cómplice quizá de todo aquello, de ver bajar a su hijo a mitad de la noche, despertado por las voces, ¿por qué lloran Laure y Louise?

En el momento en que Laure cuelga el teléfono, entra la madre de Tad en la habitación. Laure está fuera de sí. Le arroja el camembert a la cara, le grita ¿qué pasa, que venimos a ver comer a la fiera? La madre de Tad ha comprobado que ya no trasladaba la violencia contra sí misma, le ha parecido muy positivo.

Un día viene Anouk a buscar a Laure para llevarla a visitar las cocinas. Tiene acceso libre al sótano. Laure asiste fascinada a la confección de las bandejas. La comida se mantiene caliente en grandes recipientes de aluminio, recipientes llenos de cuadrados de pescado, de escalopas de ternera, de pisto. El personal calza guantes de goma y se cubre la cabeza con gorros. Las bandejas circulan por cintas transportadoras y se llenan una a una, según la carta impresa por el ordenador. A continuación las disponen en las tortugas, que dormitan en el extremo de la cinta. Los carros suben solos a las distintas plantas por los ascensores reservados para el servicio. Anouk conversa con excompañeras y aprovecha la visita para llenarse los bolsillos con pequeñas latas de compota de larga caducidad que regalará a Laure. A Laure le cuesta despegar los ojos de ese hormiguero.

El doctor Brunel mantiene la presión. Cuando se acerca a ella, permanece con las manos metidas en los bolsillos de la bata. No la estrechará nunca en sus brazos, Laure ha de resignarse. Por mor de ese pudor que se interpone entre ellos como una barrera invisible, esas cosas que no se dicen. A veces habla, explica, la tranquiliza, a veces se acerca y se sienta, la observa en silencio. El doctor Brunel es también un emisor no verbal de alta capacidad. Laure desgrana a sus pies, a pequeños retazos compactos, esa hambre de vivir que la ha hecho enfermar, ahora lo entiende, entiende ese apetito desmesurado que la invadía, la trastocaba, ese abismo tan insaciable que la volvía tan vulnerable. Era como una boca enorme, ávida, dispuesta a engullirlo todo, quería vivir deprisa, segura, quería que la amaran hasta la muerte, quería llenar aquella llaga de la infancia, aquel hueco nunca colmado.

Consciente de que la transformaba en una presa ofrecida al mundo, abandonó el deseo de vivir en un cuerpo desecado, constriñó ese delirante afán de vivir, esa búsqueda absurda, voraz, dejó de comer para controlar en sí misma ese exceso de alma, vació su cuerpo del ansia indecente que la devoraba, que había que acallar.

«Querida Marie-France, la echamos de menos. No puede imaginarse cómo ha cambiado el servicio. Blandine se ha marchado con un permiso de maternidad y su sustituta ha resultado ser más bien arisca. Ayer el ordenador hizo saltar los plomos, conque hamburguesa con puré para todo el mundo, imagínese el plan. La anoréxica de quien le hablé, Anais, figúrese que cambia de vestimenta tres o cuatro veces al día, un auténtico desfile de perchas. Solemos hablar en su habitación, no abre nunca las persianas y se pasa el día tomando té. Nos contamos nuestras locuras respectivas, llora a menudo. Ay, esas enfermedades de la cabeza, ya sabe usted lo que *son*. La verdad es que está por lo menos tan mal como yo y de pronto me siento mucho menos sola. No ha querido que le pongan sonda y tira la mitad de la comida por el váter. Bueno, Marie-France, la dejo, me espera mi comida suplementaria. A razón de cuatro mil quinientas calorías al día, voy engordando poquito a poco. Muchas gracias por el agua de rosas, que huele divinamente bien».

Laure escribe cartas imaginarias a la azul, cuyo recuerdo la persigue. Una mala mujer frágil y abotargada. Un monstruo de soledad también. Pasa ahora parte de los días con Anais, que ha tapizado la habitación con fotos recortadas de revistas de modas. Anais se alimenta exclusivamente de caramelos y azúcar en polvo. El resto lo tira o lo vomita.

Laure observa su cuerpo a hurtadillas, le cuesta creer que antes se parecía a ella, que era tal vez peor, como una coma sedienta, a punto de quebrarse. Una noche, Anais le enseña una foto suya tomada por su hermana, antes de enfermar. Laure apenas la reconoce. Toca el retrato con el dedo como si estuviera retocado, Anais mira el objetivo, le brillan los ojos, tiene la piel tersa, levemente bronceada, respira tal confianza. Laure intenta convencerla de que estaba mucho más guapa. Anais sonrío, perpleja. Tiene el rostro hundido, ese rictus característico de la desnutrición, una pelusilla oscura encima de los labios, esa mirada extraviada y lejana que Laure es ya capaz de identificar entre mil. Hospitalizada por sus padres, Anais se niega a capitular. Gana tiempo.

Cuando el tiempo se detiene, cuando no tienen otra cosa que hacer que mirar los relojes, juegan al escondite. Anais cuenta hasta cincuenta, Laure busca un escondrijo. El objetivo es colarse en una habitación y a ser posible cerrar la puerta tras de sí. Anais tiene que encontrar a Laure entre las veintidós puertas de la unidad. Laure está en la habitación de la señora Bauer, oculta bajo la cama. La señora Bauer se ríe tanto que Laure teme que le falle el corazón y se le caiga la dentadura postiza.

En otra ocasión juegan al pillapilla. Es mucho más difícil. Jugar al pillapilla sin que lo parezca. Porque ver a una anoréxica corriendo en un servicio de nutrición resulta forzosamente sospechoso.

Cuando no está la celadora, acechan a la tortuga a la salida del ascensor, trepan sobre el bicho, vacilante y altivo en sus raíles, y se dejan llevar, sin tocar el suelo,

hasta la entrada de la unidad.

Cuando habla con Anais, Laure somete a prueba su renuncia. Al haber engordado diez kilos, al haber aceptado que le metan un tubo en la nariz, tiene la sensación de haber traicionado una causa oscura e imperiosa. Sabe que Anais se lo echa en cara. Sabe que a ésta le repele un poco el cuerpo de Laure que cobra forma, su capitulación. Esa cara de buena alumna que pone a veces, ese tono razonable —vuelto a la razón— que utiliza al hablar con ella. Sin decir nada, Anais la llama con todas sus fuerzas, sin saberlo se aferra a ella, le suplica que no renuncie, que no se someta. Laure se atormenta, duda quizá un poco. A su pesar sigue perteneciendo a ese mundo opaco cuyas leyes ha transgredido. Pero no puede dar marcha atrás. Anais, por su parte, no hace concesión alguna. Camina directa hacia el desastre. El doctor Tannenbaum, que la trata, le repite que si no sigue las normas, no podrá continuar en el hospital. Anais cuenta a Laure sus ataques de bulimia, las noches de canguro cuando vaciaba las alacenas, metódicamente, y lo potaba todo en el váter. Anais intenta hacerle sentir la vergüenza que alberga en su interior, esos kilos de comida engullidos sin distinguir una cosa de otra, la mantequilla a manos llenas.

Se pote o no se pote, el resultado es el mismo. El cuerpo se vacía.

Por las noches comparten las confidencias de una locura en imagen invertida. En una ocasión Laure estrecha en sus brazos ese cuerpecillo estremecido por los sollozos. En la habitación de Anais flota un suave olor a confitura.

X

Laure ha rebasado el umbral de los cuarenta y cinco kilos que corresponden, por su estatura, al peso «mínimo viable». Pronto hará tres meses que está en el hospital. Ya sólo la pesan una vez por semana, lo cual da fe de que confían en su curación. Ha puesto fin a su periodo de «collage», del mismo modo que una noche abandonó, en un pronto, el punto y las madejas de lana. Le habían salido ampollas en el pulgar de tanto recortar. A ratos dibuja y pasa bastante tiempo al teléfono. Las veladas se le hacen interminables. A las siete y media termina la cena, la auxiliar limpia la mesita con la esponja y cierra la puerta tras ella. Todavía no ha llegado el equipo nocturno. Antes de irse, las enfermeras efectúan la última ronda para comprobar si todo va bien y repartir las últimas pastillas. El tiempo se estira entre los dedos, como un chicle demasiado mascado. Se instala el silencio, algunos visitantes se demoran más del plazo permitido. A Laure le cuesta quedarse sola en la habitación. Hace una o dos llamadas y se calza las zapatillas de siete leguas para bajar a la planta nueve, donde tiene algunas amistades. Entra en una habitación a decir hola, se entretiene en otra. Lleva galletas, escucha los sufrimientos de los demás, su piel tumefacta, sus vientres abiertos, su carne cosida, historias de grapas, de apósitos y de puntos de sutura. Le ha prestado el *walkman* a Patricia, que ya no puede dormirse sin él. Acaban de operarla del bazo, respira como una foca pero sueña a todas horas con el porro que se fumará en las escaleras, en cuanto pueda levantarse.

Va a ver a Anais a su habitación. Desde hace dos días, Anais no quiere salir. Intercambian ropa, se observan, se cuentan las insensateces que hacían antes del hospital. Se interpelan, desde lo alto de su fortaleza, se tienden las manos. Están juntas, se alejan, se acercan a veces lo que dura darse un Kleenex.

El doctor Brunel le ha concedido un segundo permiso de fin de semana. El invierno ha llegado antes de tiempo, sin que se diera cuenta. Las primeras guirnaldas de Navidad se entrelazan en los escaparates. Lleva a su casa la reserva de Anouk y la guarda en la alacena de la cocina. Baja a hacer unas compras para Tadrina, a quien ha invitado a cenar. Se para ante las tiendas de trapos, entraría a comprar algo, lo que fuera, para ponerse guapa, para agradar al doctor Brunel, a quien le gusta el azul. No se atreve. Tan sólo es una forma transitoria, sin contornos, demasiado gorda para verse en el espejo, y demasiado flaca aún para invertir en prendas de una vida totalmente nueva. Sabe que se encuentra todavía en un periodo intermedio —que aún durará bastante— entre una enfermedad a la que no puede renunciar del todo, y días que aún no puede entrever. Louise está en casa de su padre, no ha podido venir este fin de semana. En su casa, Laure enciende la radio, es como un vínculo musical que la conecta con el hospital, un cordón sanitario. Separa unos papeles, escribe una hoja o dos en el cuaderno que siempre lleva consigo, pasa un poco el aspirador, deja la

ventana abierta de par en par para ventilar la casa. Cuando llama Tad a la puerta, Laure experimenta un alivio que no se atreve a confesarse. Podrá rehogar las cebollas en la sartén, poner a calentar el agua para la pasta, charlarán hasta que les entre el sueño, y Laure olvidará durante unas horas que está de permiso, la palabra es lo bastante explícita, viene a ser como decir libertad provisional.

Al día siguiente se levanta con el alba, un hilillo de luz gris se cuele por la cortina apenas entreabierta. Le gustaría experimentar aquella somnolencia matinal de otro tiempo, cuando era capaz de quedarse en la cama, cuando se abandonaba a sueños etéreos, salpicados de despertares breves, mullidos, cuando se revolvía bajo el edredón para estirar la placidez de la noche. Se levanta, son las siete, le asusta el silencio de la casa. La puerta del cuarto permanece cerrada, sin termómetros ni carros, sin idas y venidas al pie de su cama para colmar el vacío que la circunda. Ella sola decide si tostará o no tostará pan, si sacará la mantequilla de la nevera, si abrirá tarritos de confitura que ha traído del hospital. No hay espectadores ni testigos de su buena voluntad, apenas, si se para a escuchar, oye el ruido de la caldera. Ha puesto a calentar agua en el hervidor, prepara una bandejita en la que coloca unas rebanadas de pan, abre el paquete de mantequilla, se sienta a la mesa. Mastica aplicadamente su desayuno, incluidos los extras.

Se pasa la mañana ordenando, lo vacía todo, tira cosas, hace montoncitos por materias, abre los cajones, las cajas de cartón, separa las fotos, reorganiza la cocina, limpia la bañera, selecciona la ropa, busca las bolsas grandes de basura bajo el fregadero. Llena el tiempo. Al mediodía, va a comer a casa de su madre. Le ronda un vago sollozo anclado en el fondo de la garganta.

Su madre se encuentra mejor desde hace ya unas semanas. Visita con frecuencia a Laure en el hospital. Se descuelga con frases en el ascensor cuando Laure la acompaña a la planta baja. La última vez, mientras se cerraban las puertas, interrumpiendo el comienzo de algo, tal vez un relato, le dijo a Laure «ya te contaré». Laure subió a la planta doce y aquellas palabras inauditas, inimaginables, aquellas palabras que sin embargo habían salido de la boca de su madre, flotaban por encima de ella, difundían en el espesor del aire un perfume de hilaridad. Ya te contaré, apenas podía creérselo.

Laure llama a la puerta, el timbre nunca ha funcionado. Su madre acaba de lavar la ensalada, se seca las manos con la punta de un trapo. Laure permanece de pie, no acierta a sentarse. Da vueltas de un lado a otro, sin darse cuenta, tal vez busca a Louise. Echa de menos a Louise. Se toma un zumo de manzana a sorbitos, su madre ha abierto un botellín de cerveza. Laure intenta hablar, describir ese estado de soledad que la invade, que le repele. Dice es increíble hasta qué punto se está solo en la vida, solo encerrado en su concha, gilipolleces por el estilo. Su madre escucha, la nariz pegada al gollete, hasta que de repente se pone fuera de sí. Las palabras brotan de su

boca, chocan unas con otras, se atropellan hacia la salida, arrancadas una por una, con fórceps. Dice no tienes derecho a hablar así, Laure, porque a ti la gente te quiere, te cuida, imagina, Laure, lo que yo he vivido, internada a los treinta y tres años, separada de mis dos hijas. Imagina lo que supone para una mujer estar metida entre locos, perder de pronto su trabajo, su casa, sus hijos. Imagina la soledad, el confinamiento. Créeme, yo lo he pasado fatal, peor que tú.

Es como una enorme bofetada, una bofetada magistral. Laure se ha quedado pasmada. Las palabras se han evaporado, no han tenido tiempo de caer en la moqueta. A Laure le gustaría agradecerle a su madre ese instante de rebeldía, insólito, fugaz, pero no puede. Lloro, algo es algo.

Se han paseado las dos, sin rumbo fijo. Laure ha pasado por su casa para recoger sus cosas. Antes de irse, escribe un rato en su cuaderno. Apaga la calefacción, cierra la puerta con dos vueltas de llave. No sabe cuándo volverá. Tiene que regresar al hospital para una superfiesta de disfraces en la que el batín es de rigor. Se exigen las zapatillas. Habrá Nutrigil y extras a gogó, las nutribombas interpretarán una pieza excepcional de ronroneo de *jazz*, se arrojarán al cielo pastillas de todos los colores como confetis, se eructará un solo o a coro, habrá un concierto de gorgoteos, las tortugas improvisarán un ballet a los sonos de «ah tu verras, tu verras^[4]». En el metro, sonrío.

Encuentra su habitación como la había dejado. Dice mi habitación cuando habla —ven esta noche a mi habitación a tomar algo—, una habitación como mil otras, amarilla y limpia. Es en cierta medida su casa, sabe dónde están las cosas, cómo están organizados los armarios, en el estante de abajo se apilan los pantalones, encima las camisetas, las bragas y los calcetines, arriba del todo los jerséis. Guarda en la mesita de noche los Kleenex, los cuadernos, los bolis, la cartilla alimentaria. La desnudez de ese espacio la tranquiliza, como si sus únicas posesiones fueran unas camisas y dos o tres libros. Le da miedo la abundancia, lo que la espera en su casa, los armarios repletos de ropa, de cartas, de papeles, la vajilla. Le da miedo el apego que siente, a su pesar, por esas cosas, su dependencia. Le dan miedo esos objetos que arrastra consigo como ruidosas cacerolas. Le gustaría ser capaz de tirarlo todo, no poseer nada. Ese excedente dentro y fuera de ella con el que no sabe qué hacer.

Anais ha quitado las fotos que había colgado de las paredes, ha metido el hervidor eléctrico en la maleta.

1.

Le ha dicho a Laure no me merezco curarme, no me merezco nada de nada, ese desahogo en el que vivo, esa vida demasiado fácil, soy una mala hierba, un hierbajo.

Anais se ha ido como había venido. Una pequeña corriente de aire glacial. Se ha quedado quince días como mucho, había engordado uno o dos kilos. Era mayor de

edad también, sus padres no podían obligarla a quedarse.

Llama a Laure con frecuencia, tiene dolores, vomita, no sabe ya qué hacer. Le ha dejado un ancho cinturón de cuero y una camiseta a rayas. Laure la echa de menos, también echa de menos el olor de su habitación, un perfume que no existe en ningún otro sitio, un perfume de azúcar, de infancia.

Le hubiera gustado ayudarla, mitigar su tormento.

Hasta ahora, Laure no se ha resistido. Ha aceptado la sonda, ha respetado los menús, se ha tomado casi toda la comida extra. Cuanto más engorda, más procura aumentar a porciones insignificantes, imperceptibles, su consumo energético. Va y viene por el hospital, baila cada vez más tiempo al ritmo de la radio, patalea en la cama cuando habla por teléfono. Busca todos los medios de gastar lo que absorbe, de frenar un aumento de peso que ya no controla. Se ahoga. La felicitan por su buen aspecto, le dicen que va por el buen camino. Desborda por todas partes, no es más que un gran pedazo de carne entregado como pasto. Intentan hacerle creer que todavía está flaca, que tendrá que engordar unos kilos más cuando salga del hospital. Todas las noches piensa al dormirse en las quince plantas que podría subir en la nocturnidad, a grandes zancadas. Todas las noches piensa en esa puerta que le enseñó Fatia, esa puertecilla verde que se parece a las otras y que da a las escaleras de servicio. Busca una salida, siente que el umbral de saturación no está ya muy lejos, que ha llegado a un punto en que no puede hacer más concesiones, que las doce plantas escapan bajo sus pies.

Ha dejado de contar los días. Procura hacer cosas, espera. Se palpa la carne de los muslos, de las nalgas, de las pantorrillas, con los dedos estira la piel para calibrar el peso de ese nuevo cuerpo. Cuando está sentada y se inclina un poco hacia delante, le parece ver que se dibuja un michelín en su vientre. Le gustaría que su cuerpo permaneciese macizo, denso, le gustaría que esos kilos ganados se transformasen en una coraza. Una mañana se despierta antes de la hora sacrosanta del termómetro. La habitación todavía está a oscuras. Sus ojos siguen sellados, apenas puede abrirlos. Se acaricia con la punta de los dedos los párpados hinchados. No logra salir del sueño, sin embargo tiene que hacer algo importante, una orden que ha recibido durante la noche, confusa, inarticulada. Se levanta de un brinco, abre la puerta de la habitación, sube descalza a la balanza, mueve ella misma las pesas, lo ha visto hacer cien veces, despacito, muy despacito para no hacer ruido. Ahora, abre los ojos, los abre mucho, con la punta de los dedos, busca el equilibrio, el miedo se le agolpa en el estómago. Cuarenta y ocho kilos. Baja. Enciende la luz del baño, el fluorescente del espejo, se obliga a mirarse la cara, así, de frente, su cara aún hinchada de sueño.

De ahí no pasa la cosa. Ni hablar. Ni un gramo más.

El día empieza igual que los demás, se ha deslizado bajo las sábanas, entra Jocelyne, termómetro en mano. Laure tiene un programa cargado, no puede perder un minuto, se levanta para abrir la persiana. Después de desayunar, salta a la ducha, baja a comprar los periódicos para sus vecinos, baja de nuevo a la planta nueve para ver a Patricia. A la vuelta, hace su menú del día siguiente, ordena un poco la habitación, enciende la tele. Hoy mismo tiene que encontrar una solución. La enfermera trae los frascos de Renutryl y vierte dos en el contenedor. Laure conecta la sonda, ve penetrar poco a poco el líquido opaco en el tubo transparente, hasta su nariz, la máquina canturrea, se mofa de ella. Laure medita. Se le ha ocurrido una idea.

Por la tarde, a eso de las cinco, hace una bola con el abrigo y la bufanda, camina deprisa, tiene que hacer un recado. En una droguería compra un cacito de aluminio. Es muy bonito, con su pequeño mango de madera. Laure lo lleva bajo el brazo en una bolsa de plástico. Sube a su habitación, se ha quedado sin aliento. Durante su ausencia, la enfermera ha entrado a verter los otros dos frascos en el contenedor. Laure aguarda a que anochezca, después de cenar, para ejecutar su plan.

«Querida Marie-France. Tenía usted mucha razón. Las anoréxicas son todas unas sinvergüenzas y unas mentirosas. Yo misma, a quien tanto insultó usted con sus turbias insinuaciones, yo, que acabé convenciéndola de mi integridad, imagínese que he hallado una manera no tan tonta de dársela con queso a mi pequeño mundo. Estaba harta, de verdad se lo digo, de hincharme a ojos vistas, harta de que me cebaran como a una oca con este puto aparato. Así que verá lo que hice, compré un cacito para extraer líquido de nutrición del mismo contenedor. Imagínese una gran cafetera eléctrica, no tienes más que levantar la tapadera e introducir suavemente el cazo a la altura del líquido. Lo sacas una vez lleno, no mucho para evitar que se derrame, caminas despacito hasta el lavabo para tirar el líquido que acabas de sacar, y vuelta a empezar. Hay que hacerlo poco a poco, dos o tres veces al día, no más de cien mililitros a la vez, para que note pesquen. Por la noche, cargo un poco la dosis, doscientos, trescientos antes de que apaguen las luces. Francamente no puede imaginarse el alivio que eso supone, quinientas calorías vaciadas en el fondo del lavabo».

Laure no traiciona al doctor Brunel. No. Sigue comiendo, anota cada comida, a diario, sin hacer trampa. Lo del cazo es otra cosa. Un reflejo de defensa, instintivo, un pequeño escudo de aluminio que maneja con destreza, un último coletazo. No lo ve como una traición sino como un caso de fuerza mayor. Oculto tras un montón de ropa en el fondo del armario, el cazo no es más que un vulgar utensilio de cocina enarbolado por Lanor, con los dedos crispados en el mango, Lanor que se resiste mal que bien. Laure no sabe por qué pero no puede ir más allá, no puede soportar un gramo de más. Se asfixia en una combinación de grasa y de capitulaciones que sólo

ella es capaz de ver.

Ya cerca de la meta, el doctor Brunel multiplica las visitas. Pasa a cualquier hora, deprisa y corriendo, vuelve al poco tiempo, se sienta a medias en la esquina de la cama, siempre en el mismo lado. Ha sacado sus antenas de los grandes días, le tiemblan las ventanas de la nariz, observa. Quiere saber lo que ella piensa de sí misma, cómo vive con ese cuerpo apenas viable, cómo se percibe, cómo se proyecta en el futuro. Sondea. Pregunta. Lanza indirectas como pequeños misiles de cabeza buscadora, roe a minúsculos trozos ese aparente caparazón que ella aún conserva. Al cabo de unos días de interrogatorio, Laure se desmorona. Desembucha. Él está de pie ante ella, tenso, inmóvil. Le da miedo curarse, eso es todo. Se aferra a esa enfermedad como si fuese el único modo de existir. No posee otra identidad, defiende los vestigios de su escualidez, para ella las únicas señales de su presencia. Conserva en el fondo de sí misma, en las zonas hundidas de su cuerpo, entre las costillas, entre los muslos, un pequeño nido para Lanor. Si recobra una apariencia normal, se volverá translúcida, como un charquito de grasa derretida en el fondo de una sartén. Si se cura, se esfumará a los ojos de la gente, se perderá entre los demás. Ahogará en sí misma, tras una redondez tranquilizadora, ese ronco grito surgido de la infancia. Si se cura, pasará a ser una joven de formas imperceptibles, una adulta, oíd lo fea, lo brutal que es esa palabra. El sigue erguido, al pie de la cama. No contesta. Podría decirle que hay otros modos de existir, que ella dispone de todas las bazas, que resulta más gratificante llamar la atención porque se es guapa que por parecer recién salida de un campo de concentración. Podría explicarle que la querrán por lo que es, no por inspirar miedo o compasión. No dice que cree en ella, en esa muchacha radiante que él tanto le ha descrito, no, esta vez no. Se calla. La mira sonarse ruidosamente en un pañuelo húmedo y desgarrado, la deja pugnar consigo misma. Le deja tiempo para tocar con la mano el atolladero en que se encuentra, lastimarse la piel de las manos en el enlucido rugoso de la pared. Le deja tiempo para calibrar las semanas precedentes, para sentir latir en ella, apenas perceptible, ese deseo atómico, embrionario: curarse.

Los cacillos escamoteados producen el efecto esperado. En una semana, no engorda más que quinientos gramos. El doctor Brunel le observa que un aumento de peso lento puede ser un modo de expresar la angustia que le produce salir, te dejo que lo medites.

¿Me amaré usted si me curo, conservará siempre, en el fondo de sí mismo, el recuerdo de mi llanto? ¿Hablará de mí cuando haya abandonado esta habitación, cuando ya no me tenga a su alcance? ¿Pensará en mí alguna vez cuando evoque ese amor total, ese amor tan puro que otras le han ofrecido, que otras le ofrecerán?

¿Sabrá alimentar ese recuerdo de mí, para que esos momentos no mueran nunca, para que ese vínculo que me une a usted no se borre, no se rompa nunca?

Un viento cálido ha acariciado su cuerpo febril. Un viento del desierto. Un viento terrible, terriblemente tierno, azota los pasillos, azota la noche.

Alguien la llama prometiéndole la vida. Sus palabras atraviesan la oscuridad, se lo llevan todo, acallan los gritos, acallan el silencio.

XI

Fuera, la luz se quiebra en mil partículas libres y blancas, los árboles están desnudos. Laure pega la nariz al cristal, apenas distingue las siluetas que se alejan. La vida está fuera. La vida de verdad. A Laure le da miedo salir, al mismo tiempo se muere de ganas. Tiene que volver a aprender a vivir sola, a ocuparse de sí misma. Tiene que abandonar esa habitación sobrecalentada cuyas ventanas no se abren, esos horarios inamovibles, esos rituales unificados, blandidos contra el vagabundeo. No está segura de ser capaz. Sin embargo, sabe que ha de ser ahora o nunca. Que ha llegado la hora de hacer las maletas, de vaciar el armario, de descolgar los collages de la pared. De despejar el campo. Por un lado la salida, imperiosa, necesaria, por otro un postrer kilo al que no puede resignarse. Oscila, vacila.

Por las noches, imagina tretas y subterfugios para falsear el peso. Falsear, utiliza esa palabra cuando piensa en eso, cuando escribe. En este caso, no hay otras.

Una noche, sale antes de que llegue su madre. Tiene que hacer un recado. A la vuelta, camina deprisa, una bolsita de plástico se balancea en su mano, le golpea la pierna. Se topa de narices con la dietista. En el bulevar, se cruzan un instante sus miradas, apenas un segundo, Laure no dice nada, no reduce el paso, sonrío. Cuando se detiene un poco más allá para cruzar, interroga esa imagen que se le ha quedado grabada, la cara de la dietista mirándola. Busca un sentimiento —¿ira, sorpresa, indulgencia?— como un sabor anticipado de lo que le espera. Estupefacta, eso es, parecía estupefacta. No dirá nada de ese encuentro. En cualquier caso, Laure no oirá hablar nunca de ello.

Al día siguiente, desliza la bolsa de arroz en el ancho cinturón de cuero que le dejara Anais. Bajo el camisón, no se ve nada. Un kilo de arroz pegado al cuerpo. Se desliza en las sábanas, aguarda a que la llamen. En la balanza, le tiemblan un poco las piernas. Cuarenta y nueve kilos y novecientos gramos. La enfermera alza la cabeza y brinda a Laure una sonrisa victoriosa. Laure vuelve a la habitación a pasitos, no sea que el objeto del delito se le caiga entre las piernas. Pasa un día agitado, intentando desentrañar esa amalgama de sentimientos, vergüenza, culpabilidad, pero también alivio. El doctor Brunel pasa después de la merienda. Está contento. Dice que al día siguiente podrán quitarle la sonda, que habrá que esperar una semana para asegurarse de que se ha estabilizado el peso. La salida es inminente. Teórico, inimaginable, el plazo se aproxima de repente como a la velocidad del sonido, hasta puede precisarse el día, venga, el martes o el miércoles si todo va bien. Laure intenta no pensarlo. Espera ese momento tanto como lo teme.

Se mira en el espejo. Le han retirado el tubo que le salía de la nariz, le han quitado el esparadrapo de la mejilla, ya ni se reconoce. Busca maquinalmente el trozo

de plástico que le danzaba tras la oreja. Es como cuando te arrancan un diente y luego lo buscas durante mucho tiempo con la lengua. Un regusto de libertad. Ahora manda ella, todo depende de lo que coma, es la única responsable de los ingresos y de los gastos. Sin la sonda, las últimas acrobacias se ejecutan en el vacío. Sin red. Ha venido a verla el interno, solo. Saldrá con cincuenta kilos, no le regalarán ni cien gramos. Laure estalla. ¿Qué sabe de la vida ese gallito con su bata blanca, con esa jeta de yerno ideal, por una diferencia de cien gramos? Teniendo en cuenta el kilo de arroz que ha de tener preparado para la siguiente vez que la pesen, al que puede añadir una o dos tazas de té tomadas a escondidas antes del desayuno oficial, un grueso par de calcetines, el pipí de la noche que puede reservar para más tarde, Laure calcula que debe mantenerse en cuarenta y ocho kilos y quinientos gramos, para que salgan cincuenta en la balanza. Sólo le queda esperar que no se les ocurra pesarla por sorpresa.

XII

Laure no ha escrito nada sobre esa última semana en el hospital. Más adelante, cuando abra esos cuadernitos garrapateados día a día, manchados, desgarrados, encontrará solamente esta frase, minúscula, escrita unas horas antes de salir: tengo miedo.

Por la mañana, ha subido a la balanza, había tomado té, no había hecho pipí, se había apretado estrechamente el kilo de arroz con el cinturón. Cincuenta kilos clavados. La víspera, le habían dejado elegir su menú del día, por si acaso. El doctor Brunel acudió temprano, justo después del desayuno. También él tenía miedo, se le notaba. Y eso que sabía que no servía de nada prolongar la hospitalización, que lo demás ya debía transcurrir fuera. Laure le dijo un día que si recaía, ese camino que acababa de hacer —las infusiones, las bolsas de agua caliente, la sonda, esa recuperación lenta y balbuceante— no podría hacerlo una vez más. Que no se vería con fuerzas.

Él la ha dejado hacer el equipaje, ha vuelto un poco más tarde para despedirse. Sabía lo frágil que se sentía ella ese día de diciembre, con la pesada mochila al hombro, sabía que podía desplomarse hacia uno u otro lado, que aquel pequeño edificio de huesos y grasa se mantenía en equilibrio como un juego de palillos chinos.

Ella nunca dijo nada del kilo que le había robado.

Al no haberla pesado nunca por sorpresa, al no haber pedido nunca a nadie que lo hiciera, le quitó de la cabeza esa mentira como lo demás. La dejó marcharse con ese kilo imaginario, esa pequeña victoria que había arrancado, que bastaba sin duda para borrar las profundas capitulaciones que la habían precedido. La dejó marchar, como aquella primera vez que ella fue a verle, le otorgó su confianza, esa confianza intacta que ella nunca podría traicionar, le hubiera gustado sin duda meter en su mochila esa energía vital, viva, que tenía para ella y que tendría para todas las demás, para sacarlas de aquello.

Laure describió con todo detalle aquellas semanas que pasó luchando contra sí misma. El tiempo con cuentagotas que veía transcurrir en la punta de su bolígrafo, ese tiempo suspendido, asfixiado. Devoraba como un ogro para mantener su peso de salida, había pegado en el frigorífico el programa de la dietista, era una barbaridad, la verdad, toda aquella manduca que tenía que tragarse.

Laure acudía a la consulta los miércoles. Esperaba en su silla de plástico verde a que se abriese la puerta, a que él la llamase, Laure te toca pasar a ti. Le hubiera gustado instalarse allí, dormirse en la mesa de exploración, quedarse junto a él para no volver a tener miedo. Iba a sollozar a la consulta del doctor Brunel, llenaba la papelera de pañuelos de papel. Sólo él sabía que luchaba con todo su cuerpo, que luchaba a cada instante para conservar intacto el deseo de vivir que había recobrado.

Él la ayudaba a resistir, contestaba a sus cartas, a sus llamadas, construía con ella una nueva coraza de sal y de confianzas. Quería curarse. No era tan sólo un asunto de cubrir de grasa los huesos, él lo había entendido. Laure volvía a su casa soñando con los kilos que le ofrecería muy pronto a él, esos kilos radiantes que sería capaz de engordar sola, en la vida de verdad. Esa vida que algún día sabría plantearse seriamente.

Ostenta la huella indeleble de aquel año, una cicatriz indolora. El precio que ha pagado.

XIII

Termino de tender la ropa, se han quitado los zapatos. Me llama mi hija, mamá, ven a jugar a los locos con nosotros. Pregunto qué hay que hacer.

«Saltamos en la cama gritando aaaaaaa y damos volteretas».

Mi hijo está ya encantado ante la perspectiva.

Me tumbo en la cama al lado de ellos. Hago saltar sus cuerpecillos por encima de mí, sus cuerpecillos salidos de mi vientre, hacemos aaaaaaa. Lanzas gritos de alborozo.



Delphine de Vigan (1966, Boulogne-Billancourt, Francia) es una novelista francesa. Actualmente vive en París.

Creció en una familia «difícil» lo que hizo que se refugiara en la lectura. Tras varios pequeños empleos, ocupó en Alfortville un puesto de ejecutivo en un instituto de encuestas. Más tarde retomó sus estudios, una licenciatura y un master en recursos humanos y comunicación interna.

Su primera novela, *Jours sans faim*, en la que contaba su lucha contra la anorexia, apareció en 2001 bajo el seudónimo de Lou Delvig. Siguió escribiendo bajo su verdadero nombre y su novela, *No y yo* (*No et moi*, 2007), se convirtió en un *best seller* que recibió el Premio de los libreros y fue llevada a la pantalla por Zabou Breitman en 2010.

Las horas subterráneas (*Les heures souterraines*, 2009), con una gran acogida crítica y muchos lectores, figuró en la lista de obras seleccionadas para el Premio Goncourt y obtuvo el Premio de los lectores de Córcega. *Nada se opone a la noche* (*Rien ne s'oppose à la nuit*, 2011), ha obtenido el Premio de novela FNAC, el Premio de novela de las Televisiones Francesas, el Premio Renaudot de los Institutos de Francia, el Gran Premio de la Heroína *Madame* *Fígaro* y el Gran Premio de las Lectoras de *Elle*. Ha tenido un éxito arrollador en Francia, donde ha superado el medio millón de ejemplares y ha estado durante muchos meses en el ranking de las novelas más vendidas. Asimismo ha sido publicada en veinte editoriales extranjeras.

Notas

[1] En francés, el quid. (*N. del T.*) <<

[2] Alusión a un spot publicitario en el que aparecía una calle muy animada. (*N. del T.*) <<

[3] Pastelitos escarchados de pasta de almendra. (*N. del T.*) <<

[4] «Tu verras», canción de Claude Nogaró. (*N. del T.*) <<